

P · E · C*Política Economía Cultura***VIAUX: ¿CEREBRO O
INSTRUMENTO?**

(PAG. 5)

AÑO VIII — Viernes 13 de Noviembre de 1970 — E° 6. — N° 377

**Desatinos y demagogias,
el CARDENAL
compite con
TOMIC** (pág. 11)

**¿QUE
HAGER CON
ALLENDE?** (Pág 3.)

La Honorable Boutique

por Patricia '70

CARTAS A DON CHAMUDES

¡ESTO COMIENZA, SEÑORES..!

Muy señor mío, presente:

Antes que nada debo pedirle disculpas, por no haberle escrito a usted la semana pasada, pero en realidad necesitaba el espacio para hacerle llegar mi adhesión al compañero Allende, para que no fuera a pensar que yo le guardaba algún rencor o resentimiento, por el hecho de que nos anduvo ganando el 4 de septiembre; y además para ofrecerle mi apoyo más decidido a su gestión gubernativa, que espero sumere a la que acabamos de tener, lo que no es mucho pedir.

Como usted, muy señor mío, presente, se habrá enterado por la prensa, a partir del lunes, y una vez que los mandamases de la Unidad Popular pudieron descansar y componer el cuerpo desnués de la semana corrida de fiestas, agasajos y demases, con que celebramos la llegada de don Salvador a La Moneda, se han puesto a trabajar como malos de la cabeza, y cada ocho horas llaman a conferencias de prensa para dar a conocer algunas de las medidas que están tomando.

Claro está que los que pagan el pato son los pobres reporteros, que tienen que andar corriendo de un lado para otro cargados con sus grabadoras, sus cámaras y demás adniculos de la profesión, y en el caso de los cronistas de "El Siglo", con el peso de su propia humanidad, que es para agotar a cualquiera.

Entonces, mientras los periodistas graban, filman, toman notas y le miran las piernas a las colegas del sexo débil, el Ministro de turno da a conocer sus noticias sensacionales:

—Antes que nada, compañeros, debo manifestarles que estas puertas estarán siempre abiertas para la prensa, así que cuando quieran preguntar algo, cuenten con su amigo...

—¿Podría decirnos, Ministro, qué medidas va a tomar contra la inflación...?

—No se precipiten, pues, compañeros, acuérdense que en los últimos dos meses hemos tenido muchos problemas de carácter político, para estar preocupándonos de detalles...

—¿Piensan devaluar el escudo, Ministro?

—Eso también se va a estudiar, para lo cual se nombrará una Comisión Devaluadora en la que estarán representados los obreros, los pobladores, los estudiantes, las madres y los niños...

—¿Y qué nos podría decir del reajuste para el próximo año?

—¿El reajuste?... Ah, claro, usted compañero, se refiere al reajuste. ¿No es cierto? Me parece muy interesante su pregunta. Desde luego les puedo adelantar como primicia, que a partir de la próxima semana, una de nuestras preocupaciones principales será la del reajuste, y ahí estudiaremos la creación del Ministerio del Reajuste, de tal manera que sea esa repartición la que se encargue de informar a la opinión pública de que no hay plata para reajustes, y así se evita que los gremios vayan a molestar al Ministro de Hacienda, que es una persona muy ocupada.

Y los mismos periodistas tienen que salir corriendo a otro Ministerio, donde el flamante secretario de Estado les da otras primicias similares, como la del nombramiento del Jefe de Estación de Pichiripulle, o la del nochero de las oficinas de la CORMU.

Claro que con el Ministro del Interior, José Tohá, no nos podemos quejar, especialmente los cabros chicos, ya que anunció oficialmente que se disolvía el Grupo Móvil de Carabineros, y que en cambio se creaba la Prefectura de Servicios Especiales. Aunque a simple vista no se vea claro cuál es la diferencia entre un lumazo pegado por un miembro del Grupo Móvil, y un lumazo pegado por uno de Servicios Especiales, parece que el nuevo servicio tendrá órdenes de no meterse a molestarnos, cuando tengamos nuestras huelgas periódicas, y salgamos a quebrar vidrios al centro,

y en cambio se irán con sus "guanacos" a disolver los cogoteos en los barrios marginales.

En cuanto a mis asuntos personales, debo contarle que me ha estado yendo bastante bien. Desde luego, cuando el Director del "Machuca English School" supo que yo era del comité de vigilancia de la Unidad Popular, me subió todas las notas, y me prometió sacarme de una vez por todas del octavo año, donde yo ya estaba bien acostumbrado después de seis años, y hasta me prometió llevarme en la parada, si le conseguía un reajuste de la subvención fiscal.

Y a todo esto en las tardes tengo que irle a ayudar a mi tío Anástor, que es el representante del API en el Comité de Reestructuración de la Administración Pública, y el encargado de mandar las ternas con los nombres de los militantes que se interesen por sacrificarse por el país en alguna pega fiscal. Claro que como los correligionarios no son muchos, él figuraba en todas las ternas, desde candidato a Ministro de Hacienda, hasta vice de la CORFO. Pero cuando supo que los Ministros no iban a poder tener ningún otro pituto, estaban obligados a llegar al trabajo a las 8.30, y no podían salir en el auto del Ministerio los días domingos y fiestas de guardar, ha decidido no presentarse más en las ternas, y ha instalado una Agencia de Empleos, donde, previo pago de una comisión, él se encarga de proveer al interesado de su carnet de la UP al día, de una tarjeta de Anselmo Sule, y de un cancionero con las últimas canciones de protesta. Hasta el momento, la cosa marcha viento en popa, y ya ha colocado como a tres docenas de interesados, e incluso a uno que sabía leer de corrido, ya lo tiene casi asegurado como Agregado Cultural en Alaska. Claro que la competencia con el CEN es bastante dura, pero hasta el momento parece que las pegas alcanzarán para todos, incluso sin remover a ningún democratacristiano, ni siquiera del Banco del Estado.

Claro que, para poder colocar a todos los militantes de la UP, pagar los reajustes y hacerle frente a la baja del precio del cobre, el Gobierno ha decidido hacer economías, y el primero en dar el ejemplo ha sido el propio compañero Allende, que ha prohibido que se manden a hacer retratos suyos para colocar en las oficinas fiscales. Esto permitirá, en cambio, que en las oficinas de los Ministros o de otros altos jefes, se vean fotos de la Raquel Welch en bikini, o esas cabras que salen en las páginas centrales del "Playboy", sin bikini. Con lo cual, ahorra el país y se gana en estética.

Atentamente



■ En esta semana se formó una comisión conjunta del Senado y la Cámara, para establecer los criterios con que se considerarán los proyectos de ley pendientes en el Congreso Nacional, tras la entrada en vigencia de la nueva Constitución Política.

■ En la ciudad de Concepción está de gran moda un nuevo plato que se sirve en los restaurantes y que lleva, nada menos, que el nombre del Presidente del Senado **Tomás Pablo**. Los ingredientes me son hasta el momento desconocidos, porque cada vez que he preguntado por ellos, los gourmets iniciados se ponen bastante colorados y no contestan nada. Sospecho que se compone de algunas visceras... Haría que ir a probarlo.

■ Próximamente, algunos parlamentarios partirán a Alemania invitados por el gobierno de la República Federal. Entre los que tendrán que arreglar maletas y juntar marcos se encuentran el diputado nacional **Germán Riesco**, el Vicepresidente de la Cámara, **Hernán Olave** y el diputado democratacristiano, **César Raúl Fuentes**.

■ Pegándose un arito de pisco-sour en el City Bar estaba en días pasados el Edecán de la Cámara de Diputados, **Oscar Vallejo**. El que tampoco lo hacía nada de mal era don **Humberto Elgueta**, presidente de la Federación de Educadores de Chile y ex candidato a diputado por el Partido Radical.

■ Algunos mapucistas, ante el anuncio de su dirigente máximo, **Rodrigo Ambrosio**, de que todos los miembros del MAPU tendrán que conformarse con un magro sueldecito, andan de lo más corridos y pensando seriamente en ingresar al Partido Radical que, sin lugar a dudas, les ofrece mejores perspectivas al respecto...

■ Hartas tallas le han llegado a **Carlos Altamirano** y a su flamante novia **Sonia Edwards**. Para algunos mal pensados el pecado más grande que doña Sonia ha podido cometer es el de ser hermana del famoso **Dummy** y nieta de don Agustín (el fundador del diario "El Mercurio"). Según se comenta, la futura señora de Altamirano es bastante izquierdista y ha votado por **Don Chicho** desde que ha tenido derecho a hacerlo. Sin lugar a dudas don Carlos quiso cambiar de giro. De co-propietario de Boutique pasaría a ser co-propietario de "El Mercurio".

■ Los Secretarios de Comisiones de la Cámara y el Senado, han tenido que seguir algunos rápidos "cursillos" para ponerse al día con la nueva Constitución que entrará en vigencia dentro de las próximas semanas.

■ Después de unas largas vacaciones en Estados Unidos y México, el diputado nacional por Valparaíso, **Anibal Scarella**, se ha reintegrado a sus funciones parlamentarias.

■ Y de la guagua de **Jorge Ibáñez**, todavía no hay novedades...

A PONERSE DE ACUERDO

Parece ser un hecho que en la Unidad Popular hay un montón de gente decidida a atornillar al revés. En cuanto Salvador Allende, en su calidad de Jefe del Estado, pronuncia alguna de sus enfáticas y terminantes afirmaciones, aparecen dos o tres de los suyos para señalar todo lo contrario y, de hecho, desmentir lo asegurado por su líder.

En su primera conferencia como Presidente de la República, Allende, muy molesto, respondió a una pregunta de un periodista italiano aseverando terminantemente que en Chile no hay presos políticos.

Pocos días después, Clotario Blest, el octogenario líder de la Iglesia Joven, naturalmente, partidario de Allende, acudió al Ministerio del Interior, para pedir una amnistía... para los presos políticos.

Y, lo que es peor: José Tohá, titular de la Cartera de Interior, encontró muy interesante la idea. Tanto, que ya se aprobó.

Como se ve, el significado de la expresión "colaboración con el Gobierno" es múltiple.

El ex primer y único presidente demócratacristiano de la República, declaró horas antes de entregar el Poder, que seis años eran poco plazo para juzgar un gobierno. Mucho más breve es el término transcurrido desde la toma del mando del primer presidente marxista de la República. Pero antes de que sea demasiado tarde, vale la pena intentar un análisis de la pregunta que ahora se plantea prácticamente todo el país:

—¿Qué hacer con Allende...?

Sus primeras actuaciones en el gobierno, las vacilantes designaciones de ministros y autoridades y el cambio radical en la apariencia personal de su vida, han producido un fenómeno de veloz sobresalto, especialmente entre los que fueron sus parciales. Las juventudes socialista y comunista no ocultan su perplejidad por el cambio de residencia desde la familiar casa de Guardia Vieja hasta la opulenta mansión de banquero en Tomás Moro. Lo que es "un despreciable vicio burgués" en alguien que ostente el rango de "Su Excelencia el Presidente de la República", resulta incomprensible para esos jóvenes románticos y desprevenidos en el "compañero presidente".

Y hemos sido nosotros, anticuados burgueses, quienes hemos debido explicar a esos allendistas defraudados que el rango de un mandatario requiere de una residencia adecuada y que no debe confundirse el fasto del habitad con el recato del habitante.

El suceso aparentemente vano del cambio de domicilio ha tenido un efecto absolutamente opuesto en los que fueron adversarios de Allende. Las canchas de tenis, la piscina, el parque, el boato del nuevo refugio presidencial, soltó un suspiro de alivio y una sonrisa de satisfacción en los antiguos tomicistas y los antiguos alessandristas:

—“Ya decía yo que Allende era ‘otra cosa’. No tenemos nada que temer...”

Y hemos sido nosotros, anticuados burgueses, que no tenemos dónde caerlos muertos (salvo un nicho temporal en el mausoleo del Círculo de Periodistas, siempre que estemos al día en nuestras cuotas al momento del deceso), quienes hemos debido explicar a esos ex anti-allendistas, que no debe confundirse el hábito con el monje, y que el peligro no ha desaparecido por el cambio de morada, sino al contrario, se ha acrecentado, tanto porque revela el incontenible magma interior del monje, como por las reacciones neutralizantes que pueden surgir tanto de sus propios actos de gobierno como de los que realicen sus funcionarios para ocultar el aburguesamiento manifiesto de un viejo revolucionario.

LA PRESIDENCIA NO ES SACRAMENTO

Para los católicos, los sacramentos “imprimen carácter”. No es éste el caso de la Presidencia de la República: no es sacramento, no imprime carácter, sino a la inversa; es el Presidente quien imprime carácter a la Presidencia.

¿QUE HACER CON ALLENDE?

“A menos que el ciudadano se mantenga constantemente alerta y pronto a levantar su protesta, su aquiescencia a los actos injustos se dará por aceptada. Su propio silencio lo convertirá en carcelero de sus semejantes...”

(Harold Laski: “Los Peligros de la Obediencia”)

¿Y cuál puede ser la característica de un mandato ejercido por un viejo político profesional, revolucionario de palabra y dionisíaco de actitudes, miembro de un partido socialista “marxista-leninista” pero que, el seno de las logias masónicas se declara “socialista-humanista”, y que se complace por la posibilidad de ser confundido con un social-demócrata nórdico?

No hay duda de que si el actual Excelentísimo Presidente de la República (el compañero Presidente para sus parciales), pudiera elegir libremente, adoptaría con fruición la alternativa de la socialdemocracia en el más puro estilo rubio. Pero está amarrado por su programa, por su palabra empeñada, por su pro-

prio prestigio histórico. Del choque turbulento entre la obligación y la devoción, suelen surgir los grandes iluminados, los grandes mesiánicos, los grandes mártires, los grandes dictadores, los grandes despreciados.

¿Cuál de éstos será el camino? Todo depende si para usted el Primer Mandatario es “Su Excelencia el Presidente de la República” o “el compañero Presidente”. Todo depende de si a usted le gusta verlo en Tomás Moro, o si lo prefería en Guardia Vieja.

La reacción de los tres millones de electores puede dividirse, aproximadamente en tres sendas cuando se busca el derrotero para saber “qué hacer con Allende”:

1.— Ayudarlo a que se libre de los comunistas (Tesis Tomás Moro).

2.— Ayudarlo a que se libre de la burguesía (Tesis Guardia Vieja).

3.— Olvidarse de él y preparar el camino para la verdadera revolución. (Tesis camarilla marxista).

Lo extraño en este singular cuadro de motivaciones y voliciones nacionales, es que los tres supuestos parten de los mismos hechos objetivos: la condición anímica burguesa del Mandatario y su larga búsqueda de la justicia social a través de los cauces socialistas. Analicemos someramente esta trilogía de aspiraciones.

MEMORANDUM SOBRE LA “PRENSA LIBRE”

Poco a poco los grupos políticos que piensan seguir engañando al pueblo y metiéndole por las narices la monserga de que todo debe cambiar y que no hay como la revolución, se están apoderando de los medios informativos del país. Unidad Popular y demócratas libran una verdadera maratón para llegar primero ante los consejos y gerencias de radioemisoras y diarios con el fin de adquirirlos. Así tenemos que no ha quedado organismo importante de difusión al que no han echado mano o al menos han intentado conseguirlo.

Y en varios casos han tenido éxito: miembros de la UP recorrieron las radioemisoras antes de asumir el Gobierno para imponer a los respectivos departamentos de prensa comentaristas de su comando. No ofrecían arrendar espacios, como habría sido lo lógico, sino que pedían agregar el comentario de sus plumarios a los que salen al aire auspiciados por la emisora. “Radio Portales”, de Raúl Tarud, fue una de las emisoras que aceptó esta imposición.

Pero la presión siguió por otros lados. “Radio Balmaceda” le fue cedida, casi regalada, a la UP por sus dueños, a cambio de otras garantías.

Sólo “Radio Minería” y “Cooperativa” han soportado los embates a pie firme y su línea sigue siendo la de siempre: informativa, no desinformativa.

Los demócratacristianos tampoco lo han hecho mal. Pretendieron comprar la “Cooperativa”, pero exigieron una cláusula: debía entregárseles sin periodistas, para ellos formar el nuevo departamento de prensa. La operación llegó hasta allí. La empresa “El Mercurio”, sin embargo está por entregarles la Corporación.

Y veamos los diarios: Pueblo libre dejó de aparecer por falta de financiamiento. A pesar de pertenecer a un grupo de demócratacristianos, no encontró dinero

para subsistir, porque representaba ideas diferentes a las que obsesionan por el momento al ex partido de Gobierno. El **Diario Ilustrado** también desapareció y con él se va una voz firme y siempre dispuesta a denunciar los escándalos de la izquierda. Cedió el paso a **La Prensa**, demócratacristiana. El tradicional **El Mercurio**, dejó de ser también prensa libre para mantenerse en un plano dispuesto a no atacar al Gobierno de la UP, ya que en la vicepresidencia del Consejo está desde esta semana doña Sonia Edwards, quien declaró abiertamente su condición de simpatizante de la Unidad Popular.

No hablemos del resto de los diarios: **Puro Chile**, financiado por el Partido Comunista; **Clarín**, protegido por el propio Presidente de la República, ya que dividió muy bien sus simpatías durante la campaña entre Tomic y Allende; **Última Hora**, perteneciente al Ministro del Interior, y **El Siglo**, vocero oficial del PC. **La Nación** seguirá siendo otra voz oficial del Gobierno. Y en cuanto a **La Tercera**, resulta incluso grotesco observar cómo sus dirigentes se pelean entre ellos para probar quién es más allendista y amigo de la revolución, aunque muchos de ellos hayan trabajado en comandos de candidaturas distintas a la UP. No hablemos de **Las Últimas Noticias**, cuyo director, Nicolás el Simple, bautizado así por la propia UP, insiste en seguir siendo demócratacristiano, pero ahora con franco tinte pro-gobiernista. Sólo quedan como voces valientes, **La Segunda** y **PEC**.

Y por otro lado, la desinformación sigue prosperando a través de los tres canales de televisión, totalmente entregados a la Unidad Popular y disputados con mucho interés por la DC, que ganó la batalla por el control del Canal Estatal a través del proyecto de ley Hamilton recientemente publicada. La desinformación es el gran peligro que acecha al público chileno.

AYUDARLO A QUE SE LIBRE DE LOS COMUNISTAS

La técnica tiene dos posibilidades: o un ataque frontal a los comunistas, para eliminarlos del gobierno y de la esfera de influencia del Presidente, aún en contra de la voluntad de éste, o rodar al mandatario de varias capas de situaciones, hechos, halagos y posibilidades que le hagan innecesario el apoyo del organizado y tenaz partido mayoritario dentro de la UP.

El ataque frontal se desestimó desde un comienzo, por considerar que era lo mismo que “matar a un elefante tirándole migas de pan”, según la gráfica expresión de un diplomático del freismo que fue en un tiempo hábil senador liberal.

Rechazado el lodo para el comunismo, queda el armiño para el Excelentísimo señor Presidente de la República... Y armiño sobre medida: a las pocas horas de la elección presidencial, comenzaron los llamados y recados telefónicos. Poderosos industriales llamaron a sus colegas de ramo para sostener con ellos diálogos más o menos de este tono y expresión:

—“¿Para qué insistes en una actitud anti-Allende? Es más fácil entenderse con él. Nosotros ya llegamos a un acuerdo con su gente. Peor es perderlo todo. No seas porfiado... ¿Tu posición personal? No te olvides que no estás solo: haz un largo viaje, deja a alguien con plenos poderes en tu negocio, y yo me encargo de buscar el contacto. ¿Qué te parece?”

Y parece que les pareció, porque varios poderosos industriales y empresarios emprendieron largos y remotos cruceros con sus familiares más íntimos, al paso que sus industrias, empresas, sociedades e inversiones, quedaban al crédito de suplentes, autorizados para “entenderse”. El slogan airoso de una compañía se convirtió en suprema divisa:

—“¡Súbase al carro del éxito...!”

Las agrupaciones de empresarios, previa visita a Su Excelencia el Presidente de la República, publicaron tranquilizadores anuncios dirigidos a sus asociados: no había nada que temer; la mejor garantía de libertad y democracia, era la brillante e intachable vida política del Excelentísimo señor Presidente de la República.

El Presidente de la Compañía de Papeles y Cartones, y contendor de Salvador Allende en la elección presidencial, envió su propio aval, y su propia recomendación para despejar dudas. ¡Y si él, amenazado públicamente, personal y concretamente, de expropiaciones, nacionalizaciones o chilenizaciones de todas las empresas y compañías en las que tiene posiciones directivas, declaraba ante sus incrédulos vasallos que “no había nada que temer”, ¿se

(PASA A LA VUELTA)

podía ser más papista que el papa?

Y peleteros de toda clase y condición, corrieron a Palacio, para labrar el Manto de Armiño para el Excelentísimo señor Presidente de la República. "Es tan poderosa la autoridad de los intereses creados que parece locura rebelarse contra su imperio; el precio de la rebelión es el martirio, y ni siquiera el martirio tiene asegurado un premio final. Esos problemas sociales han de mirarse en sus magnitudes relativas. Es nuestra felicidad personal la que debemos perseguir y no tenemos por qué ser guardadores de nuestro prójimo".

A este socarrón resumen de los argumentos acomodaticios que hace Laskei, responde el propio ensayista:

—"El cebo de la inercia es siempre poderoso. Nos ahorra la molestia de someter a examen hábitos que siempre resulta peligroso analizar y, ciertas veces, fatal destruir. Con todo, cabe afirmar que el precio de la inercia es, a la larga, la pérdida del sentido cívico en la multitud. Quienes insisten en que determinada injusticia no ha sido cometida por su directa culpa, pierden, tarde o temprano, toda capacidad de sentirse lesionados. La tiranía no pretende base más sólida que el letargo de la conciencia ciudadana".

AYUDARLO A QUE SE LIBRE DE LA BURGUESIA

Y si para los empresarios la solución pareció simple, agradable y salomónica, para quienes viven de los empresarios, los profesionales, los funcionarios, los obreros, los empleados, esa amalgamada clase media chilena, el intrínsculo fue superlativo. Y algunos miraron a su siniestra mano, para ver cómo actuaban los de la otra orilla, aquellos que buscaban "ayudarlo a que se libre de la burguesía".

Entre ellos, algunos grupos de los dos partidos marxistas que lo hicieron "compañero Presidente".

El plan de batalla fue para este sector, idéntico al de los que buscaban librarlo de los comunistas: un ataque frontal a la burguesía, a la libre empresa, a los "ricos", o la vieja técnica de Troya. Y duchos en la falsificación y el ardid, prefirieron a Troya. Tuvieron, es cierto, la poderosa ayuda del Caso Schneider, que les permitió ocultar ante la opinión pública su propia debilidad, su falta de conocimientos, su carencia de talentos, su orfandad de técnicos y el inconmensurable apetito, casi bialfrano, de las huestes socialistas, comunistas y radicales, hambreadas por los períodos de ostracismo presupuestario.

"Asustemos a los burgueses con la espada damocliana de la

conspiración descubierta y aprovechemos el letargo de la conciencia ciudadana para desarmar los espíritus burgueses y dejarlos listos para el sacrificio final". Este es, en resumen, el argumento táctico de las primeras semanas.

Y de paso, obtengamos buenas utilidades...

Antes de dos semanas de la toma de poder, prácticamente todos los medios audio-visuales de importancia nacional, están en manos de elementos de los Partidos Comunista y Socialista, o en vías de ser controlados por ellos, bajo la apariencia de compra administrativa o asociación. Los empresarios "burgueses" que reúnan o controlaban esos medios no encontraron nada mejor que decorar el Manto de Armiño con las antenas y equipos de radio para entretenimiento y divertimento de los "compañeros allendistas". Voluntariamente se condenaron al silencio para que se cumpla el inexorable aforismo político de convertir ese silencio en cárcel de sus semejantes.

Y fríamente, los altos cuadros comunistas y socialistas tranquilizan a sus huestes incómodas por lo de Tomás Moro:

—¿Qué importancia tiene una residencia burguesa, si nosotros ahora dominamos toda la información radial del país, o la dominaremos antes de dos meses?

¿Qué hacer con Allende? Dejarlo: si lo rescatamos de la burguesía, bueno; si la burguesía se adueña de él, dejémoslo: a nosotros nos interesa el gobierno, no el gobernante.

Para los ingenuos burgueses, criados a la antigua, todavía lo importante es "Su Excelencia el Presidente de la República". Para los marxistas, más prácticos y materialistas, el personaje es solamente "el compañero Presidente", un ser de quita y pon, porque "del partido no se va nadie: o muere en su puesto, o se le expulsa" (Aniceto Rodríguez).

Y de este modo, entramos en el cordón umbilical por el que se llega de la placenta de la unidad popular, a la criatura engendrada en la oscuridad de las verdaderas intenciones, o de los fines últimos:

PREPARAR EL CAMINO PARA LA VERDADERA REVOLUCION

La discusión dialéctica de si Allende ganó una "revolución" o una "elección"; de si estamos preparando "el camino para el socialismo" o de si "el comunismo no existe", es una buena diversión santiaguina, digna de Bizancio. Mientras todos discuten y se alegran de las conclusiones tranquilizantes a que llegan, sigilosamente se van colocando en los lugares claves de la administración pública y de la orientación cinda-

dada, los fanáticos de la revolución sangrienta. Tienen dulce y gruesa apariencia de bien cebados burgueses; saben beber con deleite el whisky servido por sus anfitriones empresarios o aristócratas, y con elegante cinismo, que el huésped toma por fino humor, explican:

—Triunfaremos. Lo sabemos todo. Tenemos el control total de lo que pasa en el país. En cada reunión, por cerrada y exclusiva que sea, hay al menos dos de los nuestros.

Tienen excelentes amigos entre los más altos funcionarios. El propio Mandatario es para ellos "Salvador". Han sido sus consejeros áulicos durante años: lo han acompañado en sus peregrinaciones por los paraísos del maraje y la vanidad. Suelen burlarse de él en la intimidad, especialmente cuando creyeron eclipsada su estrella y se aficionaron al "profesor" o con el "joven y honesto revolucionario" que asaeta bancos y acumula fortunas con el latrocinio en nombre de la "justicia popular".

Este grupo, reducido pero acrecentado inmensamente en poder e influencia, es simultáneamente el peor cuchillo de quienes quieren librar a Su Excelencia el Presidente de la República del comunismo, o a quienes desean liberar al compañero presidente de la burguesía.

No tienen ministros, pero poseen más poder que si lo tuvieran. La primera demostración se dio el martes, cuando el flamante Secretario del Interior, anunció que el gobierno se desistiría de las querellas iniciadas por el Estado en contra del refinado grupo de miristas procesados por atentar contra la seguridad interior del Estado.

Y esto no es el punto final del proceso, sino apenas la apertura de comillas: los inspiradores y reducidos de esos miristas tienen al fin en sus manos las Llaves del Baño.

De ahí que la pregunta "¿qué hacer con Allende?" constituye un falso planteamiento. Lo que el hombre común, sorprendido o asqueado por el increíble proceso que marcha bajo sus narices, debe preguntarse es "¿qué hacer conmigo mismo?". La respuesta, en las palabras de Harold Laskei:

—"Tolerar cuanto repugna a nuestros espíritus hará más fácil que se ahogue en el silencio el próximo grito de rebeldía. Necesitamos la libertad para ser, pero ella será nuestra sólo a condición de que no cejemos en nuestra lucha por conseguirla. Para nosotros, carecen de valor las creencias u opiniones de otros, salvo que expresen exigencias que también son de nuestra propia vida..."

Y para ser justos, hay que reconocer que el Excelentísimo señor Presidente de la República tiene sus propias inquietudes:

—¿Qué hago conmigo mismo? ¿Qué hago con la Presidencia?

Por deferencia hacia los altos intelectuales que lo rodean, prescindiendo —por ahora— de la respuesta adecuada.

DERECHO AL GRANO

■ Malos ratos van a pasar algunos ministros del Presidente Allende, si éste se decide a aplicar su programa tal como se comprometió antes de las elecciones. En efecto, el Ministro del Interior, José Tohá, es accionista de la Compañía de Cervecerías Unidas, que constituye un monopolio que debe ser expropiado, según aseguran los economistas marxistas, y además es codueño de un fundo en la zona de Chillán. Igual sucede con el actual Ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, quien posee un fundo en la zona sur donde, según se rumoreaba, habría existido una escuela de guerrilleros. En todo caso la decisión última sobre la expropiación de los predios de tan destacados socialistas quedará en manos del Ministro de Agricultura, el mapucista Jacques Chonchol.

■ Los problemas del Presidente del Partido Radical, Carlos Morales, parece que no van a terminar nunca. En la última reunión del CEN trató infructuosamente por cierto, de vencer a algunos de sus correligionarios que les había ido extraordinariamente bien en la repartición de pegas. Sin embargo parece que no pensaron lo mismo los diputados radicales quienes criticaron a sus tres colegas cenistas: Clemente Fuentealba, Camilo Salvo y Jorge Cabello y censuraron al representante de la Sala de Diputados ante el CEN, Héctor Ríos. Ríos debió concurrir a plantear ante el CEN la molestia que sienten los parlamentarios que ven que sólo los integrantes del organismo rector del partido reciben su cuota de "pegas" y que se sienten bastante intranquilos al observar que en los lugares en que los radicales son fuertes se han quedado sin intendentes ni gobernadores. Para finalizar con los problemas de Morales, debemos decir que éste recibió un telegrama del Consejo Provincial del PR de Chiloé en el que se le informaba que le enviaban la terna que Morales les había solicitado para proceder al nombramiento del Intendente de esa Provincia. El telegrama, con las firmas de Horacio Oyarzún, presidente del Consejo, y de Francisco Soto, secretario del mismo organismo, informaba que si no se aceptaba esa terna ellos no trabajarían por el PR en las próximas elecciones. La terna incluía los nombres de Arturo Atala, Edelberto Bahamondes y Marcos Gilchrist. No sabemos qué hará ahora el presidente del PR para explicar a sus correligionarios por qué no se nombró a nadie de la terna y en cambio se entregó el cargo a doña Alicia Faulbaum P., que no figuraba en la terna. La única explicación verdadera de este nombramiento es que la señora Faulbaum es prima de doña Fresia Fernández de Sule, esposa del senador Anselmo Sule.

■ Por sus hechos los conoceréis, dice la Biblia. Y si de gobernantes se trata, el índice de inflación de un sexenio es buena medida para saber qué clase de gobierno hicieron. Veamos desde Carlos Ibáñez del Campo: porcentaje de inflación en sus seis años, 832,09 por ciento; Jorge Alessandri, 296,81 por ciento; Eduardo Frei, 297,19 por ciento. Y las cifras no mienten. Mientras JAR aplicó los frenos en seco a la inflación estratosférica dejada por su antecesor, Frei tuvo al país engañado seis años con la promesa de que él derrotaría definitivamente la inflación "desatada" por JAR.

■ La frustrada compra de una modesta vivienda en Américo Vespucio Sur, suprema aspiración del compañero Aniceto Rodríguez, Secretario General del Partido Socialista, es el único resultado obtenido de las gestiones de algunos de sus partidarios para que fuese nombrado Ministro del Interior. Personas que dijeron representar al senador y antagonista personal del Compañero Presidente, aceptaron hacer la transacción de la casa por un total de quince mil dólares; el negocio debía ser rápido, y los propietarios retiraron a prisa sus muebles, pero cuando llegó el momento de finiquitar la operación, los mismos intermediarios pidieron excusas diciendo: —Lo sentimos, pero en el partido hubo oposición para que el compañero Rodríguez se cambiara a una casa como ésta. Se estimó, al parecer, que no podía excederse el ritmo de una mudanza mensual, y la cuota de noviembre estaba cumplida con la de Guardia Vieja a Tomás Moro.

■ Las filtraciones que se han producido en torno al asesinato del General Schneider obliaron al Director General de Investigaciones, General (R) Emilio Cheyre a cerrar la entrada de los periodistas a la sección que ocupa la Brigada de Homicidios. Sin embargo las filtraciones se han seguido produciendo. Tanto es así que algunas personas ligadas al MTR poseen copias íntegras de todas las declaraciones que se han producido en el proceso; sin embargo, éstas no sólo se refieren a lo declarado por los presuntos implicados en Investigaciones, sino también todo lo que ellos han expresado al ser interrogados por el Fiscal Militar Lyon. Esto viene a demostrar que las fuerzas de seguridad, tanto de Investigaciones como de otros cuernos, están totalmente infiltradas por elementos de la Izquierda Revolucionaria que así pueden tomar las medidas del caso cuando se trata de pesquisas que los puedan afectar.

El Presidente de la República, en discurso público y oficial, dio el golpe de timón público y oficial a la investigación por la muerte del General Schneider, cuando afirmó en el Estadio Nacional:

—“Estoy personalmente convencido de que el sacrificio heroico de un soldado, del Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, ha sido el acontecimiento imprevisible que ha salvado a nuestra Patria de una guerra civil... Este episodio increíble, que la Historia registrará como una guerra civil larvada que duró apenas un día, demostró una vez más la demencia criminal de los desesperados...”

Las herméticas palabras presidenciales fueron aclaradas días después por su Ministro del Interior, quien en conferencia de prensa intentó poner la lápida a la investigación sobre el alcance y profundidad de esa “guerra civil larvada”. Afirmó el Ministro del Interior en la mañana del martes:

—“El intento que se materializó en la muerte del General Schneider fracasó porque la conciencia ciudadana se levantó estremecida de indignación y porque las Fuerzas Armadas y Carabineros dieron muestra una vez más, de su conducta democrática y de su lealtad al país. Ese peligro

VIAUX: ¿CEREBRO O INSTRUMENTO?

inminente fue superado. Sería ingenuo, sin embargo, creer que no exista el peligro que otros grupos de acción no pudieran intentar una nueva aventura...”

—“Creemos también que los comprometidos en esta conspiración, para dar seguridad a terceras personas, hayan nombrado a otros que tienen responsabilidades en la seguridad del país. Nosotros no ponemos en duda la conducta de los altos jefes de la seguridad del país. Tenemos plena confianza en ellos. Es posible que en el futuro aparezcan nuevas versiones interesadas en crear un clima de confusión...”

Después de estas dos declaraciones, del más alto nivel político y gubernamental, la prensa de gobierno (“El Siglo”, “Puro Chile”, “La Nación”, “El Mercurio”, “Noticias de Última Hora”), aplacaron y redujeron sus informaciones, y todo el ruido se concentró en un grupo de civiles, detenidos algunos y fuera del alcance policial otros.

Simultáneamente, se levantó la estricta incomunicación del General Roberto Viaux y de su suegro, el Coronel Iguait.

Pero la baja del diapason no alcanzó a llegar a otros aliados de gobierno: “Clarín” mantuvo su tradicional línea de injurias y falsedades, y los amigos miristas del Ministro y del Presidente, insistieron a través de “Punto Final”, en una amalgama truculenta formada por retazos de información policial, delaciones de un mirista de tercera categoría (Luis Gárate, a quien el MIR encargó “descubrir” la complicidad del Movimiento Patria y Libertad), y delirantes elucubraciones sobre la muerte del General Schneider. El Ministro del Interior, junto con reconvenir amablemente a sus amigos y contertulios, ordenó aumentar el sigilo en las investigaciones y cargar el énfasis solamente en el grupo de civiles que aparecen comprometidos en la muerte del Comandante en Jefe del Ejército. ¿Por qué afirmó el Ministro

del Interior que “es posible que en el futuro aparezcan nuevas versiones interesadas en crear un clima de confusión, pero tendrán idéntica respuesta? ¿Por qué se anticipó a tender una espesa cortina sobre acontecimientos en averiguación y que él mismo reconoce pueden repuntar a cargo de “otros grupos de acción” que “pudieran intentar una nueva aventura”?

¿Es que la investigación llegó a un punto muerto, o al revés, llegó a un punto demasiado vivo, dolorosamente vivo como nervio molar puesto al descubierto?

El silencio de Viaux

Las indiscreciones policiales permitieron en los días anteriores a las declaraciones del Presidente y su Ministro del Interior, que los periodistas de la prensa oficialista revelaran algunos nombres y en-

volvieron a algunos personajes de figuración nacional: el ex Director de Carabineros y dos Senadores, uno nacional y otro radical democrático. Cuando aparecieron estos nombres, maliciosamente envueltos en el caso Schneider, surgieron los tapabocas ministeriales. Algunos diarios marxistas alcanzaron a insistir en que el General Viaux “chantajeaba” con su silencio, dando a entender que si hablaba, ocurrirían cosas tremebundas.

¿Cuál ha sido la posición del General Viaux ante el Fiscal? Por las fotografías, los pocos gestos que los periodistas advirtieron cuando entraba o salía a declarar, se vio a un hombre enérgico, entero, seguro y resuelto, a pesar de la larga incomunicación. Los informantes policiales aseguraron a los periodistas marxistas que el General había “contradicho” o “negado” las acusaciones de los que aparecen implicados.

Surge, automáticamente, una alternativa: o el General Viaux es absolutamente ignorante de la “guerra civil larvada”, o tiene en su mano todos los hilos y todos los personajes de ese “peligro inminente superado”.

Supongamos válida la segunda posibilidad: el General Viaux lo sabe todo y lo calla todo.

(PASA A LA VUELTA)

DOS SILABAS DE MAL AGUERO

Muchos creen que la Unidad Popular no esperaba su triunfo, que su programa no era un programa de gobierno sino de batalla para conseguir el gobierno. A eso atribuyen ciertas preguntas y algunas declaraciones un tanto descompasadas, que se han oído después; son supervivencias.

Una de ellas merece recordarse por la respuesta que tuvo.

Un representante obrero quiso saber qué podían esperar los trabajadores del nuevo gobierno. Esperaba, sin duda, abrir de nuevo el grifo de las promesas deslumbradoras. Pero ocurre que no todos siguen deslumbrados ni quieren prolongar la fiesta. La réplica fue inmediata y magistral.

—Los trabajadores no tienen nada que “esperar” del nuevo gobierno: ellos ahora “son” gobierno y deben afrontar sus responsabilidades.

He ahí un punto de vista de gobernante.

Por desgracia no es el que prima en todas las altas esferas. Todavía hay quienes emplean el mismo lenguaje de antes de la victoria.

Por ejemplo, el señor Ministro de Agricultura.

¿Será necesario repetir que la Reforma Agraria, inspirada por él, constituyó un arma de combate político? Económicamente, como herramienta de producción, sólo el fanatismo se niega a reconocer que desafía el desastre.

Era, desde luego, innecesaria: habría bastado el regulador de los tributos, hacer pagar más al que rinde menos, y menos a los que rinden más, para que los malos agricultores fueran eliminados y los buenos incrementaran la riqueza pública. Sin ésta, cualquier repartición resulta ilusoria. Ni mejor trato a los campesinos, ni buenas habitaciones, ni altos salarios, tampoco escuelas técnicas pueden brotar de la pobreza.

El chuncho canta y el indio muere
No será cierto, pero sucede.

Eso dice el sentido común.

Y también que sin la Cora se habría evitado crear una costosa, pesada e hiriente burocracia.

Por otro lado, la mecanización de los cultivos no aconseja los minifundios, sino al contrario. Las expropiaciones y la fragmentación de los asentamientos va contra el progreso, da muchos pasos atrás, obedece a un concepto reaccionario.

Pero ¿quién convencerá jamás a un ideólogo enamorado de su sistema? “Si la realidad se opone a mis teorías, tanto peor para la realidad...”

El señor Chonchol pertenece a esa especie de iluminados. Es perfecta la imagen del teorizante puro. No se discuten su honestidad ni su sabiduría. Hombre de comunión diaria, sólo aspira al bien de sus semejantes con el fervor de los conversos. Bajo las ruinas por él provocadas, seguirá sosteniendo que se deben a que sus ideas no fueron cumplidas como se debía, hasta el fin. Así los teólogos del Sto. Oficio mandaban quemar a los herejes, no por odio a las personas: por amor a sus almas, para librarlas del infierno.

Un periodista le pidió una síntesis de sus propósitos. El señor Chonchol habló del establecimiento de Consejos de Campesinos: así entenderían que eran ellos los que ahora mandaban.

Informaciones indirectas, ojalá inexactas, afirman que proyecta la expropiación total de los fundos, con enseres y animales, sin reserva territorial ni indemnización. O sea, el despojo

absoluto, y la liquidación física de los antiguos terratenientes, eficaces o ineficaces, activos u ociosos, justos o abusadores.

Es el programa anterior al triunfo. Excelente como arma de combate, funesto como herramienta de labor.

La paralización siguiente a la pérdida de confianza que amenazó con un colapso, antes que la Unidad Popular asumiera el poder, muestra la gravedad del peligro si la confianza no se restablece. Ella está volviendo poco a poco con la terminante y enérgica cordura demostrada por el señor Allende desde que empuñó las riendas, tanto que a la fuga de los asustados ya sucede la corriente tranquilizadora que empieza a regresar.

¿El señor Chonchol tiene mucho interés en que se renueve el pánico? ¿Todavía no sabe que ya no está luchando por la autoridad sino que llegó la hora de ejercerla?

Para ello no necesita palabras. Mientras menos, mejor. Ahora se necesitan hechos, actos, disposiciones, realizaciones, no sólo dentro de un sector, sino de acuerdo con un conjunto en que cada parte influye sobre el todo.

Ese todo exige, como tarea previa, indispensable, el restablecimiento de la confianza, sin la cual no hay trabajo, ni producción, ni disciplina ni orden ninguno, sino un replegarse a posiciones estratégicas y preparación de hostilidades.

La baja del cobre, el aumento de la cesantía y la inflación, la pugna fatal de intereses en las filas victoriosas añaden un sonido agorero a las sílabas nocturnas que vuelan ahora sobre nuestros campos desde el Ministerio de Agricultura.

Pero, no temamos: si el hambre sobreviene, Cuba nos proporcionará divisas para comprar alimentos o nos enviará sus excedentes agrícolas.

El periodista Américo Herrera, de la revista bonaerense "Panorama", es una prueba viviente de la evidencia de que no porque todo sea "del color del cristal con que se mire" haya que creer al pie de la letra que las cosas son como el cristal en cuestión las muestra. Sobre todo, cuando ese cristal es el de quién sabe cuántas docenas de botellas de vino consumidas por el observador, como parece ocurrir en este caso.

Su reportaje, aparecido en el número 185 de "Panorama", describe los actos y festejos de la transmisión del Mando Presidencial en Chile. Pero lo hace de tal manera, que cualquiera que los haya presenciado y luego tenga la oportunidad de leer el relato del periodista trasandino va a pensar que el relator estuvo en cualquier parte del mundo, excepto en Chile.

Vamos por partes. Desde el martes hasta el sábado de la última semana el pueblo de Chile cantó, bailó y durmió en las plazas, con la ilusión de haber puesto un justiciero en La Moneda. El ritmo de la cueca dominaba en Santiago, hermano de los sones de Cuba y España, y el sagrado vino blanco de Macul regaba medio millón de gargantas, mitigaba la canícula de 30 grados, saltaba a las veredas y corría entre las piedras para bendecirlo todo.

Ese es un párrafo. Es de suponer que si su autor está realmente convencido de que así ocurrieron las cosas, todavía debe andar por aquí, la

La transmisión del mando vista a través de mil vasos de vino

miendo piedras...

Otro párrafo. Antes de reproducirlo, resulta útil explicar que, aparentemente, describe la ceremonia en el Salón de Honor del Congreso.

"Eran las 11.15 del miércoles 3 cuando el inmenso senador Tomás Pablo, a quien llaman "el inca Huáscar", convidaba al ciudadano Salvador Allende a presentarse en el recinto parlamentario con el objeto de recibir las insignias del cargo".

"El inca Huáscar"? Hay que reconocer que a Tomás Pablo se le ha dicho de todo. Pero eso de "inca" es nuevo. Y lo de "inmenso", en todo caso, se murmuraba, pero hasta ahora nadie lo había dicho en voz alta, porque no es cosa de andar injuriando, tampoco.

Más adelante, el enfebrecido cronista se refiere a la diputada Laura Allende: "...según es fama, una de las mujeres más hermosas de Chile, como que recibió illo tempore los requiebros de Eduardo de Windsor". Requiebros que, de creerle a Améri-

co Herrera, Laura Allende debe haber recibido con alborozados gorjeos desde su cuna.

También habla de los desfiles de las tropas:

"Los marxistas regaban de aplausos a los militares. ¡Ese es mi novio!, piropeó una "cabra" donosa a un apuesto capitán, quien le respondió quitándose el morrión emplumado". Este párrafo demuestra lo traidor que es el alcohol. Evidentemente, la visión de los desfiles se le confundió a este ameno cronista con alguna escena de "Los Tres Mosqueteros", filmada en el mejor tecnicolor de Hollywood...

Pero hay más: "cuando el flamante mandatario salió por Ahumada de pie en un auto descubierto, bajo la charanga de la Escuela Militar que entonaba el Kaiser Wilhem...". Justo, no más. El único error es que, en estos casos, lo que la "charanga" entona es el Himno Nacional...

Otro acápite de su información —llamémosla así— se refiere a un supuesto incidente del que fueron pro-

tagonistas los miembros de la misión no oficial norvietnamita. Vale la pena leerlo: "al mediodía, en el aeropuerto de Pudahuel, los carabineros interrogaron a dos diminutos personajes sentados junto a sus valijas a la espera de un comité de recepción perdido en la baránda. Eran nada menos que Ho Si Ngoi y Oar Tin Ka, representantes de Vietnam del Norte que fueron conducidos a La Moneda en coche celular...". La desbordante

imaginación del enviado especial invirtió los términos: los protagonistas, según él, llegaron a La Moneda en carros celulares. En Argentina lo que solía ocurrir era que la gente saliera de la Casa Rosada en coches celulares. De ahí, probablemente, la confusión anotada, la que se agravó porque, seguramente, el ágil observador se bañó demasiado en los ríos de vino que él vio correr por las calles.

"El asombro, no obstante, era despertar al día siguiente y al que vino luego, y comprobar que la euforia no cesaba, que recorría las tabernas y los trinquetes populares...", comenta Américo Herrera.

Qué tipo, eh... debe haber quedado con el hígado hecho polvo... Qué bárbaro, ché, qué manera de tomar...

Y qué manera de escribir. Evidentemente, le contagiaron el entusiasmo, y no esperó a "orearse" antes de despachar su crónica.

(DE LA VUELTA)

¿Por qué el silencio? ¿Es para proteger a los implicados? ¿Es para aguardar la metamorfosis completa y dejar que la larva entre al estado de crisálida y siga el curso natural? ¿Es para cortar de raíz el proceso, dejando que la justicia cargue sobre él todas las responsabilidades, como lo hizo el año pasado durante el Tacnazo, a pesar de que en esa oportunidad había más de 200 oficiales de la Academia de Guerra comprometidos, y de que ahora, según la prensa oficialista de los primeros días, hay "miles de implicados"? Si el propio Presidente de la República, en su primer discurso oficial anuncia que "el acontecimiento imprevisible" de la muerte del Comandante en Jefe del Ejército "ha sal-

vado a nuestra patria de una guerra civil", es obvio que tiene información suficiente como para lanzar tan gravísima advertencia. Una "Guerra Civil" no se hace con treinta muchachos paisanos, media docena de pistolas y carabinas. Eso es solamente una locura o "un acontecimiento imprevisible". Una Guerra Civil presupone enfrentamiento armado masivo, con intervención de los grupos castrenses regulares, divididos en bandos contradictorios.

¿Qué es lo que saben el Presidente de la República y el Ministro del Interior? Desde luego, lo que han declarado los detenidos, que constituyen según los propios periódicos oficiales, solamente un grupo encargado de una operación, que debía engranar con otras. ¿Conoce el Gobierno el nombre de los que formaban o encabezaban los otros grupos, los otros eslabones necesarios para llegar a una Guerra Civil?

Si aceptamos la hipótesis de que el General (R) Roberto Viaux, era el jefe militar de la operación "larvada", debemos aceptar igualmente que el General Viaux conoce el nombre de todos los cabecillas, encargados de las distintas operaciones previas para desencadenar la reacción civil y armada que debía terminar en el proceso denunciado e investigado por el Fiscal como atentatorio a la "Seguridad Interior del Estado".

¿Teme el Ministro del Interior que el General (R) Viaux llegue a revelar esos nombres y a proporcionar las pruebas que, según su abogado, están a buen recaudo en el extranjero? Aparentemente el Ministro tiene ese temor, puesto que se anticipa a descalificar cualquier información posterior, declarando que "es posible

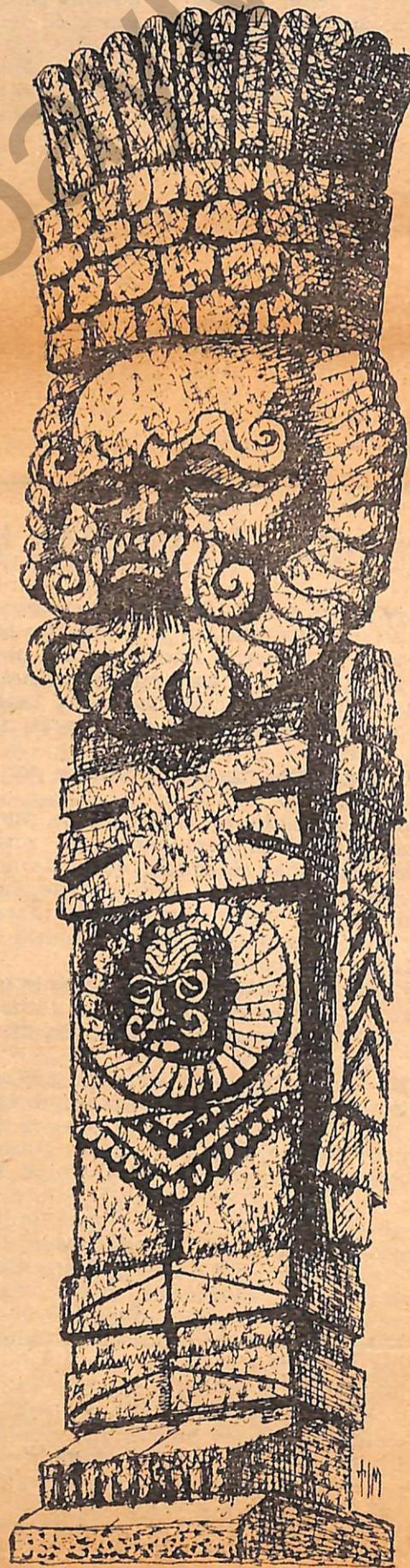
que en el futuro aparezcan nuevas versiones interesadas en crear un clima de confusión".

¿Larva para qué mariposa?

A esta altura del raciocinio, hay que desviar la mirada hacia la larva denunciada tan entomológicamente por el Presidente de la República, y averiguar el tamaño y características de la crisálida. Si el proceso hubiera continuado, inevitablemente de la larva habría surgido una mariposa, para posarse en la codiciada flor del poder. ¿Cuál era esa mariposa? ¿Roberto Viaux? ¿Un civil conocedor de la metamorfosis? ¿Era Roberto Viaux un instrumento inconsciente de otros, u otros eran un instrumento de Viaux, movidos por la codicia de "copar al general", una vez que la larva sacara sus alas?

Hay demasiado misterio en torno a la Fiscalía Militar y son muchas las medidas que se han tomado para impedir que las distintas puntas del ovillo lleven a la madeja completa. Pero no hay duda alguna de que hilo y madeja existen, y que los palillos son altos e influyentes, como para mover al Presidente y al Ministro a defender por anticipado a quienes puedan aparecer menudados por indiscreción o por intención.

Lo que está claro, es que los detenidos por la acusación de homicidio del General Schneider, no son suficientes para una guerra civil, por muy grande que sea la larva. Y también está claro que capullo y mariposa están dentro de la cerrada boca del General (R) Roberto Viaux Marambio.



P.E.C.

Política Economía Cultura

Director:

Marcos Chamudes

Secretaría de Redacción

Giovanna Farina

Coordinador:

Marcelo Maturana

Gerente de Producción:

Alina Eyzaguirre

Administración:

Elsa Yáñez

Circulación:

Luis Alberto Rodríguez

Editada por Chamudes y Cia. CPA.
Representante legal: Marcos Chamudes. Huérfanos 1055, Of. 802.
Casilla 14422, Correo 15. Teléfonos: 87647 (Administración), 713650 (Publicidad), 713668 (Redacción).
Santiago de Chile.

Por Tim, en "L'Express"

Llama la atención que tanto la literatura especializada como el debate político asignen tan poca importancia al costo de cambiar una determinada situación económica por otra.

El pensamiento predominante tiende a minimizar el costo de este cambio, hasta el extremo de ignorarlo completamente, cuando se compara una situación definida y real, a la cual los agentes económicos se han acostumbrado, y esperan que permanezca con otra situación, teórica, hipotética, que tomará de sorpresa a esos mismos agentes económicos.

El caso más dramático del costo de una nueva situación inesperada lo tenemos en la inflación chilena de los últimos treinta años. En efecto, mientras la inflación sea esperada con cierta certeza en cuanto a su intensidad, el costo económico del fenómeno desaparece casi completamente y pasa a tomar preponderancia el aspecto político del mismo. Sin embargo, cuando esta inflación es inesperada, se produce un costo económico y social de magnitud considerable. Es así como algunos precios muy importantes tienden a quedarse rezagados respecto de otros, provocando una mala asignación de los recursos productivos y con ello un deterioro en la tasa de desarrollo económico. Tal es el caso de la tasa de interés, por ejemplo, que se convierte en negativa a medida que avanza el proceso inflacionario provocando una mala asignación de las inversiones y una caída en el volumen del ahorro. Igual cosa sucede en la mayoría de los procesos inflacionarios con el tipo de cambio que tiende a mantenerse fijo en términos nominales hasta que los problemas del comercio exterior obligan a devaluar o a restringir de alguna otra manera la demanda de importaciones, o a fomentar por métodos indirectos la oferta de exportaciones; todo ello con la consiguiente distorsión en la asignación de recursos. Otro tanto su-

EL COSTO ECONOMICO DEL CAMBIO

por EMSA

cede con las remuneraciones que se van apartando cada vez más del valor de la productividad de los trabajadores y van reflejando más bien el poder de los grupos sindicales que los representantes.

En estos períodos de cambios inesperados se distorsiona el sistema de precios relativos a través de la intervención del Gobierno más allá de lo necesario, y este nuevo sistema tiende a reflejar, no la escasez relativa o el costo de producción de los diferentes bienes o servicios, sino más bien, en el corto plazo, el poder de los diferentes grupos empresariales ante las autoridades públicas.

Igual cosa acontece con algunas prestaciones de la seguridad social, como las jubilaciones, por ejemplo, que se quedan atrás en términos reales respecto de la evolución de otros precios. Casi nunca se puede pronosticar la tasa de inflación que habrá en un período próximo, ya que las veces que se ha intentado hacerlo ese pronóstico ha resultado equivocado. Menos es posible pronosticar la evolución de aquellos precios individuales, tanto de productos como de factores productivos, que sirven a los agentes económicos para tomar sus decisiones.

En el caso de Chile, sólo después de veinte años de inflación se crean algunos instrumentos automáticos de tipo jurídico que permitan eliminar el problema para la toma de ciertas decisiones. En algunos casos, este período es aún mayor.

¿Durante cuántos años el interés real pagado por los clientes

de los bancos fue negativo? ¿Durante cuánto tiempo el tipo de cambio fue bajando sistemáticamente hasta provocar problemas que obligaban a devaluar? ¿Cuánto transcurrió entre el desaparecimiento del crédito hipotecario a largo plazo y la aparición de las asociaciones de ahorro y préstamo? ¿Durante cuánto tiempo hubo jubilaciones escandalosamente bajas? ¿Durante cuánto tiempo las cajas de previsión vieron perderse sus recursos transfiriéndolos a aquellas contadas personas que conseguían un crédito para adquirir una casa? ¿Cuánto transcurrió antes que los contratos de arrendamiento a largo plazo o de pago de saldos de precios estipularan un reajuste? ¿No es acaso la inflación inesperada la causa principal del deterioro de los precios agrícolas?

Las interrogantes anteriores ilustran el costo económico de un cambio inesperado en un sistema ya conocido y que sirve para orientar las decisiones de los agentes económicos.

El costo de este cambio se debe fundamentalmente a la incertidumbre en cuanto a lo que los agentes económicos esperan del futuro: ¿Qué distintos serían los conflictos colectivos del trabajo si tanto los empleadores como los empleados tuviesen certeza de lo que será el futuro?

Situaciones como la descrita nos llevan a la conclusión que la incertidumbre que se produce al saber que la situación actual va a cambiar pero ignorando la situación futura, nos ponen en el peor de los mundos, por cuanto los que se crean perjudicados ba-

en qué sectores la inversión resultará rentable. Mientras ello no se haga, subsistirá la crisis de inversión y se estará incurriendo, día a día, en un costo del cambio sin una contrapartida de beneficios.

Mientras más se demore una definición a este respecto y mientras más vaga sea esa definición, mayor será el costo del cambio y menor el beneficio.

Estas consideraciones tan simples no parecen preocupar debidamente al Gobierno, por cuanto el lenguaje utilizado sigue siendo el mismo de la campaña presidencial, en circunstancias que el objetivo de las declaraciones de los personeros de la Unidad Popular es ahora muy distinto de lo que era hasta hace pocos días. Se trata, no de ganar votos, sino de disminuir el costo del cambio anunciado y aumentar su beneficio. En suma, mejorar la economía del país.

Cada día que pasa y cada imprecisión que se utilice es algo menos para el bienestar de los chilenos.

HISTORICO DESAFIO: COMO DEJAR A TODOS CONTENTOS

POR THRAUCO

La repartición de cargos en el nuevo Gobierno está resultando igual que las rifas de las señoras rotarias: nadie queda contento con lo que le tocó.

Protestas, cabildeos, reuniones, quejas, imputaciones, sospechas, codazos... Hasta las rifas rotarias resultan más pacíficas que la forma en que se está organizando (?) el Gobierno de la Unidad Popular.

¿A cuántos Subsecretarios radicales equivale un Ministro del API? ¿En cuántos Gobernadores socialistas se está avaluando un Intendente del MAPU? Un Presidente socialista del Banco Central, ¿en cuántos directores de Servicios del Partido Comunista se está transando? Un Alcalde radical, si pertenece al CEN, ¿vale lo mismo que un radical raso cualquiera? ¿O su costo se calcula en varios correligionarios comunes y silvestres? ¿Cuál es la equivalencia de un Ministro de Economía en "apistas", mapucistas, comunistas, radicales y socialdemócratas cuando el Ministro en cuestión es independiente? Los cargos directivos en la CORFO, ¿deben entregarse a los radicales, porque ellos la crearon y la conocen o, por lo mismo, deben adjudicarse a cualquier otro? Las autoridades provinciales, ¿deben ser desempeñadas por militantes de cualquier Partido de la Unidad Popular, pero que sea de la zona, ya que así los habitantes no sufrirán sorpresas? ¿O es preferible que vengan de afuera, para que los reclamos se posterguen hasta que los provincianos lleguen a conocerlas? ¿En cuántas Embajadas se está calculando una Consejería en la CORVI? ¿Cuál es el costo de una Vicepresidencia de la CORA, calculado en Gerencias Generales de los Bancos fiscales? Si se llega a un acuerdo con el Cardenal, cosa que puede no resultar tan difícil, ¿aceptarán los radicales el Arzobispado de Santiago a cambio de cinco cargos en el Ministerio de Relaciones? Pero, si aceptan, ¿cuántas parroquias en cabeceras de provincias exigirán los socialistas? ¿Habrá alguna posibilidad de canjear cinco Gobernadores del MAPU por tres Jefes Zonales del API? ¿Cuál es el costo de un Director General (estimado) en relacionadores públicos?

Evidentemente, el doctor Allende sobrepasó, con mucho, a Hamlet: total, la duda de éste se limitaba a ser o no ser...



Era a fines de enero de 1965. Un telefonazo me despierta. Una voz femenina desconocida me informa que está a mi disposición un catálogo de la exposición que el pintor Zverev hará en París.

La exposición se inaugura el 3 de febrero. No sé qué sitio ocupará en la actualidad artística de París. Pero sí sé que para la pintura rusa esta exposición de un joven pintor de vanguardia es todo un evento.

También era importante en un plano del todo diferente. En efecto, tenía el rol de enfrentar a los responsables soviéticos de los asuntos artísticos. Zverev no estaba reconocido oficialmente como pintor, y esta exposición era obra personal del director de orquesta Igor Markevitch. Las autoridades tendrían, de una manera u otra, que tomarla en cuenta y definirse ante ella. Creaba un precedente y se corría el riesgo que a ésta le siguieran otras exposiciones de pintura rusa muy alejadas del realismo socialista y del academicismo oficial.

Yo estimaba que hubiese sido interesante que Zverev concediese una entrevista a uno de los corresponsales extranjeros acreditados en Moscú. Zverev no se opuso a este proyecto, pero consideró que sería peligroso hablar directamente de la exposición o aún de cuestiones artísticas, y me previno que si era entrevistado, él hablaría sobre todo del tremendo cariño que sentía por las tortugas. Sea como fuese, nos pusimos de acuerdo.

No quedaba sino encontrar un periodista extranjero y decidí pedir consejo a un diplomático norteamericano que yo conocía, ya que en la víspera un pintor amigo nos había propuesto, a Zverev y a mí, presentarnos un periodista norteamericano cuyo nombre yo había olvidado.

Hablé de este periodista con mi amigo el diplomático. Y así supo que se trataba de un tal Robert Corengold, corresponsal de la revista "Newsweek", y que era la persona más indicada.

Zverev y yo, decidimos llamarlo directamente la tarde del día siguiente. Pero en la mañana de ese mismo día recibí un llamado telefónico del diplomático: me anunciaba su visita y la del "amigo de quien hablamos ayer". Comprendí que se trataba de Corengold. Nos pusimos de acuerdo para el día subsiguiente a mediodía. Al día siguiente mi amigo el pintor Plavinski me comunicó que Zverev había sido hospitalizado de urgencia y tendría que operarse.

Quise avisarle a Corengold, pero en su casa no había nadie, y en su oficina me respondieron que no estaba allí y que no sabían si iría ese día. Cuando yo salía de la cabina telefónica —yo hablaba desde una automática— vi a un joven apoyado en la pared con un aire indiferente. Se quedó hasta las 11:40 —la hora de la cita— y regresé a mi casa.

Yo vivía en un departamento comunitario, en un edificio construido hace mucho tiempo por la compañía de seguros "La Rusia" para sus empleados. En ese entonces, cada departamento había sido destinado para una familia, pero ahora vivían allí cuatro familias. Un pasadizo lo dividía en dos. A la derecha, frente a la puerta de entrada, estaba nuestra pieza en la que vivíamos mi padre y yo. Desde hace muchos años habíamos dividido esta pieza en dos: mi padre vivía en una mitad y yo en la otra.

A la izquierda de la puerta de entrada, frente a nosotros habitaban una viejita, su nieto y la esposa de este último. En la pieza siguiente, una empleada de la oficina de pasaportes de la policía, su esposo y su hija, y, en la última pieza, el presidente del comité del edificio y su esposa. El teléfono estaba en el pasillo.

Mis invitados llegaron a las 12 exactas. Le expliqué a Corengold que Zverev se había hospitalizado de improviso y que me perdonara por haberle dado falsas esperanzas. Pero Corengold no se mostró muy decepcionado; era evidente que le habían hablado de mí como de alguien que sabía todo sobre Zverev. Mientras Corengold examinaba las telas que estaban colgadas en el muro de mi pieza, escuché a mi vecina, la empleada en la oficina de pasaportes, llamar a alguien por teléfono. Hablaba en voz baja, y fue eso lo que me llamó la atención, ya que de costumbre, cuando telefoneaba, su voz era tan chillona que no me dejaba trabajar. A Plavinski también le llamó la atención.

Yo había preparado una biografía de Zverev y Corengold propuso usarla de base para las preguntas que quería hacerle. Pero yo le pedí que hiciese las preguntas por escrito y que yo las llevaría al hospital y, esa misma tarde, le tendría la entrevista y una foto de Zverev. Corengold aceptó gustoso.

Fue entonces cuando sonó un timbre en la puerta de entrada.

Mi padre salió al pasadizo.

—Andrei, es para ti", dijo él, siendo empujado por cuatro hombres que entraban a mi pieza.

Uno vestía el uniforme de la policía, los otros tres iban de civil. Mis invitados estaban visiblemente impresionados. Yo conocía al hombre de uniforme: era el capitán Kisselev. De los otros tres de civil, dos parecían ser bastante jóvenes y no tenían todavía la expresión dura de los miembros del aparat.

El tercero usaba un suntuoso gorro de piel. Su mirada era muy profesional y, como lo comprendí rápidamente, era el principal personaje del grupo.

Yo estaba en parte preparado para la eventualidad de una visita de ese tipo. Sin embargo, tuve una impresión muy desagradable. Desde hacía tiempo sabía que se me vigilaba: so pretexto que yo, por un lado, conocía muchos extranjeros y, por otro, también a escritores, parecía evidente que yo no trataba sino que ponerlos en contacto.

No sé todavía exactamente qué elementos habían reunido entonces contra mí. De todos modos, sin duda por mi insignificancia, las indagaciones no se habían llevado a cabo en forma tan solapada como para que no me diese cuenta. Ya, en la primavera de 1963, los llamados miembros de la Seguridad de Moscú habían tomado antecedentes sobre mí en el diario "El deporte en el extranjero", donde yo trabajaba en ese entonces como documentalista. Dudo que hayan logrado saber algo interesante.

Luego, se le confió a mi vecina I. Kagan, una señora ya no muy joven, la misión de vigilarme. Y, poco después, ella obtuvo el trabajo en la oficina de pasaportes. Como yo no le dirigía nunca la palabra, su única tarea consistía en transmitir quién venía o telefoneaba a mi casa, y cuándo. Como logré comprender después,

VIAJE INVOLUNTA

por ANDREI AMALRIK

Con este título está por aparecer en Francia, publicada por Gallimard, la historia del arresto y condena del joven escritor soviético Andrei Amalrik, más conocido por su libro "¿La Unión Soviética, sobrevivirá a 1984?", publicado también en Francia a fines del año pasado, luego que los manuscritos originales llegaron clandestinamente desde la URSS.

Fue arrestado por primera vez en 1965 y condenado a pasar dos años y medio en Siberia. Sus narraciones no son tan espe-luznantes como las de otros condenados ni su estilo sobresaliente. Pero es esto mismo

lo que hace todo más palpable para quienes no tenemos experiencias de ese tipo.

Pero a pesar del régimen imperante lo que ya ha experimentado, Amalrik denunciando el sistema soviético, valió ser nuevamente encarcelado en el pasado. A pesar de todas las petitorias de intelectuales rusos como ellos, aún continúa en prisión, y a veces comenzó su proceso en Sverdlovsk.

Traducido especialmente para esta revista en estas páginas uno de los capítulos de este libro.

ella no estaba en contacto directo con nadie a quien yo podía interesar, sino que se contentaba con transmitir todo lo que ella lograba al delegado de la policía del barrio.

Pusieron más esperanza en otros de mis vecinos, N. Jakhovski, a quien se le encargó la misma labor a principios de 1964. Era un hombre de mi edad, nos conocíamos desde niños y habíamos jugado juntos a los soldaditos de plomo. Su misión era acercarse a mí y tratar de conocer a mis amigos. Con este fin recibía invitaciones para todas las exposiciones de pintura.

También movilizaron inspectores para vigilarme. Y, a partir de 1964, el delegado de la policía del barrio tomó la costumbre de venir de tanto en tanto a mi casa a saber si yo trabajaba o no en alguna parte.

A pesar de todo esto yo continuaba frecuentando a mis amigos extranjeros, porque, según mi punto de vista, no tenía nada de reprochable. Aún más, no veía qué mal podía hacerme mi vecina, que era medio analfabeta, al transmitir que un extranjero había visitado mi casa y que luego se había ido. Además, esta vigilancia podía ser tanto para mí como para dicho extranjero. Pero, mientras tanto, tenía que dar explicaciones al hombre del gorro.

—¿Así que concediendo entrevistas?, espetó, aún antes de franquear la entrada.

—¿Qué entrevistas?, pregunté sorprendido.

—Es hora que se torne razonable —me dijo en un tono que podría haber pasado por cordial—; sus veci-

nos se quejan de usted. Parece que usted no trabaja y que organiza reuniones sospechosas en su casa.

—No trabajo en forma regular, porque mi padre está enfermo, su invalidez está reconocida oficialmente y necesita de los suyos.

—Y bien, me interrumpió, tiene que ayudarlo.

—Perfectamente, le ayudo, proseguí.

Yo trataba de ser muy concreto en mis respuestas a fin de no comprometerme.

—Todo cuanto le pueden haber dicho respecto a reuniones que se efectúan aquí no son sino mentiras. Recibo muchas menos visitas que mis vecinos, y se trata siempre de amigos.

—¿Estos son también amigos suyos?, preguntó el del gorro, indicando a Plavinski, Corengold y al diplomático.

—Sí, contesté.

—Muéstreme sus documentos, me dijo entonces, esta vez con un tono mucho más oficial.

—Muéstreme primero su credencial.

—Aquí está, y con un gesto de molestia por el papel que le hacía hacer, me extendió, pero sin entregármelo, un carnet de oficial de la policía judicial de Moscú. "Usted puede anotar mi nombre", agregó.

Pero no lo anoté y tampoco traté de recordarlo, porque no serviría de nada. Me di cuenta que ante mí estaba un miembro importante de la Seguridad Nacional de Moscú.

—Así que no trabaja en ninguna

parte, repitió el oficial examinando mi pasaporte.

Precisé que no tenía un trabajo fijo, pero que me ganaba la vida haciendo trabajos temporales.

—¿Y usted, dónde trabaja?, preguntó a Dima Plavinski.

—Yo trabajaba en la televisión, respondió Dima.

El "trabajaba" sonaba en bastante reveladora, pero él no le prestó atención.

—¿Y ustedes dónde trabajan?, continuó en un tono severo, dirigiéndose a los norteamericanos, como si esperase que le respondieran que trabajaban.

Pero a diferencia de Dima y los dos trabajaban: uno en la embajada de los Estados Unidos y el otro en la revista "Newsweek".

—¿Y éstos son amigos suyos?, preguntó el del gorro, indicando a Plavinski, Corengold y al diplomático.

—En combinación. ¿Por qué combinación? Nosotros nos combinamos. No estamos "en combinación".

—¿Qué vinieron a hacer a su casa?

—Vinieron a mirar los cuadros.

—Sí, vinimos a mirar los cuadros, repitieron en coro el diplomático y el periodista.

Ambos estaban muy asustados, convencidos que cuando salieran allí no se irían en dirección a la avenida Kutuzovsky, sino a la estación de Lubyanka.

No era menos cierto que su culpabilidad no era evidente. Ver mirar cuadros o aún a hacer una entrevista no tenía nada de criminal, era en todo caso plausible: todo

TARIO A SIBERIA

EL AMALRIK

culpable para quienes de ese tipo.

regimen imperante y estado, Amalrik sigue soviético. Esto le encarcelado en mayo las las peticiones, casos como extranjero- rición, y ayer jue- en Sverdlovsk.

lmente para PEC, de los capítulos de

el oficial examinando

no tenía un trabajo me ganaba la vida ha- temporales.

dónde trabaja?, le na Plavinski.

aba en la televisión,

"sonaba en forma dora, pero el oficial tención.

es dónde trabajan?, tono severo, dirigién- teamericanos, como si respondieran que no

ancia de Dima y de mí, ban: uno en la emba- ados Unidos y el otro Newsweek".

son amigos suyos? no hace que están en

nación. ¿Por qué "en Nosotros nos conoce- nos "en combinación". leron a hacer a su ca-

mirar los cuadros. os a mirar los cuadros, oro el diplomático y él

ban muy asustados y ue cuando salieran de an en dirección de la rovsky, sino a la pri- nta.

os cierto que su cul- era evidente. Venir a o aún a hacer una en- ía nada de criminal y so plausible: todos los

muros de la pieza estaban cubiertos de cuadros y numerosas telas estaban apiladas en el suelo y sobre el armario.

—¿Son éstas las telas que Ud. vende a los extranjeros?, preguntó el oficial muy amablemente.

—No vendo ninguna tela, le respondí.

—¿Y ellos no pueden ir a mirar cuadros a otra parte?, insistió más duramente.

—Es mi colección lo que les interesaba.

Me resolví a darle importancia y agregué:

—En Moscú, sólo unas pocas personas se preocupan de coleccionar pinturas contemporáneas, y yo soy bastante conocido entre ellos.

Mi jactancia no fue de su agrado. Uno murmuró visiblemente contrariado, que las pinturas no eran pinturas sino patas de gallinas. El otro observó burlón que yo no era el único que me dedicaba a este tipo de asuntos. Después, el oficial les dijo a los norteamericanos que podían retirarse. Salí al pasillo, a acompañarlos hasta la puerta, bajo el ojo vigilante de uno de los inspectores. Me sentía bien complicado. Mis visitantes tenían todo el derecho a pensar que yo no era sino un provocador, y que esta reunión no había sido sino una trampa. El diplomático me conocía desde hacía bastante tiempo, pero Corengold no tenía motivo para confiar en mí.

—Ahora, síganos, dijo el oficial cuando los norteamericanos ya se habían ido.

—¿Tienen una orden de conducción?, les pregunté.

Ellos no me entendieron al principio lo que les quise decir. Los inspectores creían que les preguntaba si tenían un vehículo: tenían uno, disfrazado, no sé por qué razón, de taxi. Cuando comprendieron que lo que les pedía era una orden, el hombre del gorro sonrió, divertido.

—¿Una orden? ¿Para qué? Nosotros simplemente lo invitamos a ir a conversar un momento con nosotros.

—Sin orden, no iré a ninguna parte.

—Tú irás.

—Llévenme a la fuerza, si quieren, pero no iré.

—¡Toma tus cosas y camina!, me gritó el capitán Kisselev.

—Hasta entonces, él había hecho el papel de un testigo mudo, pero mi terquedad lo indignó.

—Entonces, ¿que no eres un ciudadano soviético, que no obedeces a las autoridades?

—Yo obedezco a las autoridades soviéticas, pero no a ustedes, respondí.

Esa casuística dejó al delegado con un palmo de narices.

El oficial superior estuvo un buen rato tratando de convencerme, pasando de la persuasión a la amenaza, pero yo estaba firmemente decidido a no moverme. No porque considerase que era la actitud más razonable —más bien era justamente la más irracional—, sino simplemente por espíritu de contradicción y desco- no someterme.

—Perfecto, seguramente tendremos todavía la ocasión de volver a

verlo, dijo al fin en un tono lleno de amenazas, y salió, seguido por los otros tres.

Era bastante evidente que con la partida de mis huéspedes inesperados nada había terminado, sino que recién todo comenzaba. Sí, como me parecía, ellos no tenían ningún elemento preciso que les permitiese culparme, yo tenía, sin embargo, un punto vulnerable: desde hacía casi un año no tenía un trabajo fijo, y, por este hecho, yo caía bajo el decreto sobre el refuerzo de la lucha contra los individuos que lleven una forma de vida antisocial o parasitaria".

Este decreto, promulgado en 1960 luego de una violenta campaña de prensa contra los "parásitos", prevenía, para los individuos que no trabajaban en forma regular desde un lapso de un mes, una pena que iba de dos a cinco años de deportación en uno de los lugares tradicionalmente reservados en Rusia para este tipo de viaje: el norte de la Rusia europea, Siberia o los confines del Este, "con la obligación de someter a los culpables a trabajos físicos".

Esta medida represiva tenía evidentemente varios fines: liquidar la vagancia, proveer de mano de obra las regiones alejadas y limpiar las grandes ciudades de "elementos antisociales". También aportaba una solución cómoda a los problemas que daban los intelectuales indeseables.

No obstante este decreto, normalmente, no tenía por qué aplicárseme. Yo vivía con un padre paralítico que había sido oficialmente declarado inválido en primer grado, es decir, que necesitaba de los suyos continuamente. Pero les sería fácil, si querían, no tomar en cuenta todo esto.

* * *

—El 5 de marzo se me citó ante el juez de instrucción Vassiliev.

Comenzó la entrevista indignándose que yo me hubiese rehusado seguir a los camaradas inspectores. Si él hubiese estado allí, aquello no habría sucedido. Tal negativa merecía quince días de arresto, y él me habría obligado a ir, aunque hubiese tenido que "embarcarme" a la fuerza. Se refería, al amenazarme, al decreto de 1961 sobre "rehusar obedecer a las fuerzas del orden". Es cierto que ese decreto está redactado en tal forma que permite interpretarlo bastante libremente como para que se haya transformado en una verdadera invitación a forzar las puertas de los departamentos privados y a "embarcar" sus ocupantes directamente a los furgones policiales.

Como yo tenía una mejor opinión de las leyes soviéticas que él, quise discutirle, y esto lo puso definitivamente fuera de sí. Comenzó a gritar. Le dije entonces que rehusaba proseguir una entrevista en tales condiciones. Se calmó un poco, pero su rabia parecía ir en aumento y daba la impresión que antes de emitir un sonido, lo gustaba precautoriamente con la lengua.

—Hágame una lista detallada de todos sus amigos, me pidió.

—No, no se la haré.

—¿Y por qué?

—¿Por qué quiere usted que perjudique a mis amigos? Para obtener informaciones, los va a hacer presentarse a la policía, y, en el mejor de los casos, les hará pasar un rato muy desagradable.

—¿Y por qué cree usted que la policía es algo horroroso?, replicó

Vassiliev hipócritamente. Por el contrario, no estamos sino que para proteger a los ciudadanos soviéticos.

Volví a tomar la hoja blanca y la guardé, no sé bien por qué, en su caja-fuerte. En seguida, según un plan visiblemente bien establecido, abordó un nuevo tema: el de mi trabajo y mis entradas.

Le expliqué que debido a la grave enfermedad de mi padre yo no podía tener un empleo fijo y que me ganaba la vida con trabajos ocasionales como corrector, o haciendo traducciones técnicas que me llevaba a la casa.

—¿Cuánto gana usted?

—Unos treinta rublos por mes, más o menos; mi padre recibe una pensión de unos sesenta rublos, y esto nos alcanza.

Vassiliev quiso entonces demostrarme que era imposible vivir con treinta rublos mensuales, y que él, por ejemplo, apenas podía hacerlo con ciento cincuenta. Le respondí que yo, por ejemplo, no tenía aparato de TV.

—Yo tengo uno, pero es muy viejo, gritó, y no puedo pagarme siquiera un almuerzo en un restaurant.

No tuve en ese momento la presencia de ánimo de hacerle ver que él también se unía al coro de la propaganda antisoviética, ya que treinta rublos era el mínimo vital oficialmente fijado por las autoridades para los habitantes de las ciudades y que, lo quisiéramos o no, debíamos arreglarnos para vivir con esa suma. En vez de ese argumento "ideológico", le respondí que podía hacerle una rendición exacta de mis entradas. Furioso, me hizo escribir, detalladamente, dónde, cómo y cuándo había yo trabajado y lo que en ese momento estaba haciendo, y especificarle cómo ocupaba un rublo diariamente. "Un rublo término medio, precisé; un día gasto dos, el otro ninguno."

Me instalé para poner todo esto por escrito. Vassiliev hizo desaparecer mi curriculum vitae en su caja-fuerte y se fue, sin dirigirme la palabra.

Para gran sorpresa mía, no abordó ni el asunto de los extranjeros ni el de los cuadros. Era un síntoma más bien inquietante. Pareció que renunciaba a discutir seriamente conmigo y hubiese decidido dejar a la policía algunos asuntos concretos.

Su lugar lo ocupó el capitán Kisselev. En un tono protocolar, me preguntó nuevamente dónde, cuándo y cómo trabajaba y anotó cuidadosamente mis respuestas. Luego me pidió que firmara un papel en que decía que yo conocía el decreto del Presidium del Soviet Supremo fechado el 4 de mayo de 1961: "sobre la lucha contra los individuos que rehusan participar en el esfuerzo colectivo y llevan una vida de tipo antisocial y parasitaria". Seguido de lo cual me dio plazo hasta el 20 de marzo para encontrar trabajo. Pasado ese plazo, tendría que soportar todas las consecuencias de mi actitud. Firmé el papel, es decir, reconocí haber tomado conocimiento del texto del decreto y del plazo que se me fijaba, pero repetí que a causa de la enfermedad de mi padre no podía tomar ningún trabajo con horario completo.

—Si no lo haces, se te enviará a pasar una pequeña estada por allá por Krasnoyarsk, respondió Kisselev.

Los primeros días me puse honestamente a buscar empleo.

Luego cambié de parecer y deci-

(FASA A LA VUELTA)

di dejar en nada todas mis solitudes. Evidentemente, a primera vista, eso podía parecer impudente, pero hasta la prudencia tiene sus límites. ¿A título de qué tendría que hacer de portero o nocheo, cuando mi verdadero trabajo era el que yo hacía con mis obras de teatro, mis poemas, mis estudios artísticos o históricos? La lealtad hacia un gobierno no debe transformarse en una sumisión de esclavo. Era necesario, sin ceder al terror, defender el derecho a hacer aquello para lo cual estaba preparado.

La mañana del 14 de mayo, acompañé a mi padre al campo. Apenas regresé a casa llegó Svetov, quien venía a contarme que ese día se inauguraba en Ginebra la misma exposición que ya se había presentado en París.

Para festejar la exposición de Ginebra, nos fuimos a beber grandes vasos de bebidas gaseosas, ya que ninguno de los dos tenía dinero.

Cuando volví a casa mis vecinos me dijeron que un "militar" había preguntado por mí. Este "militar" volvió al poco rato: era una vez más el capitán Kisselev.

—Tus asuntos no están nada de bien, me dijo. El procurador quiere conversar contigo.

La prefectura del distrito de Frunz estaba ubicada no lejos de la Plaza Trubnaia. El procurador llegó alrededor de las 5 P. M.

—Caso evidente de parasitismo con, además, olor a trífico con extranjero, dijo al fin, sin dirigirse a nadie en particular; luego, mirándome fijo a los ojos, me preguntó:

—¿Estás cansado de vivir en Moscú?

—No, no del todo, dije francamente.

—Que espere afuera, le dijo entonces a Kisselev, señalándome con un movimiento de cabeza.

—Espere afuera, me repitió Kisselev, y salió al corredor.

Kisselev quedó adentro unos veinte minutos y luego salió a buscarme.

—Ven, iremos al puesto de policía del 5º distrito: el procurador quiere consultar todavía tu asunto y telefonaré para allá.

Apenas llegamos a la sala de espera, Kisselev desapareció. Esperé unos diez minutos, y decidí irme.

—No puede irse, usted está arrestado, me gritó el oficial de servicio, mientras un policía me cerraba el paso.

Comprendí que Kisselev me había mentado. Sin duda quiso evitar que me fugara en el trayecto.

Una hora más tarde, el sol primaveral entibiaba mi piel y por centésima vez volví a la policía a firmar una declaración cualquiera.

La rueda que habían puesto en movimiento dos años atrás estaba dando su último giro.

El oficial de servicio me pidió que le hiciera entrega de mi reloj, mi dinero, mis documentos, el cinturón, los cordones de mis zapatos y, por último, mis anteojos. Entendí que querían encerrarme en una celda. Refusé separarme de mis anteojos, el ofi-

cial no discutió, me dijo simplemente que si un borracho me los rompía, yo sería el único responsable.

La celda tendría unos seis metros de largo, con una ventanita enrejada en el techo. Frente a la puerta había una especie de tarima que ocupaba casi todo el piso, dejando un espacio angosto frente al cual estaba la puerta. No quise acostarme sobre las tablas. Todos caminaban sobre ellas, además estaban muy sucias. Y como no daban muchas facilidades para ir a la toilette, la gente orinaba en los rincones o, si estaba muy apurada, en el medio de la pieza. Estaba impregnada de orina y reinaba un olor muy desagradable.

Sin embargo, refusé pensar que ya todo estaba jugado. Me quedaba todavía el proceso y esperaba refutar todos los argumentos de la policía. Yo era un ingenuo, no me daba cuenta hasta qué punto este proceso no era sino una formalidad tan sin sentido como el informe del policía o un interrogatorio a mi padre y que la resolución estaba ya dictada antes de comenzar.

Al poco rato entró un joven policía y me pidió que lo acompañara. Se me convocaba ante el juez "principal", Iakovlev.

A primera vista, el juez me decepcionó.

Como me lo esperaba, lo primero que me preguntó fue:

—¿Por qué no trabaja?

Le repetí brevemente lo que le había dicho a la policía. El juez, mientras examinaba mi tarjeta de trabajo, me interrogó sobre lo que yo sabía hacer, y se dio cuenta que sabía muy pocas cosas. En seguida me interrogó sobre mi salud. Al saber que era enfermo del corazón, revisó mi tarjeta militar donde estaban anotadas las conclusiones de la comisión médica: "No apto para el servicio en tiempos de paz, apto en tiempo de guerra".

—Oh, sí, en ese entonces, en tiempo de guerra, se usaban como comparsa, replicó Iakovlev, con los labios apretados, y expresando con todo su rostro su desprecio hacia mis deficiencias.

—¿Qué clase de extranjeros recibe usted?, me preguntó.

Le respondí que yo coleccionaba cuadros de jóvenes pintores y que los extranjeros venían a verlos a mi casa.

—En el extranjero existe una tremenda curiosidad por la pintura rusa contemporánea. Tengo entendido que los coleccionistas extranjeros organizaron en París una exposición de las obras de un pintor ruso, Zverev.

Dije eso por bravuconería, sin reflexionar demasiado, y comprendí que estaba diciendo una tontería:

—Sería interesante ver esas pinturas, continuó el juez, y preguntó a Kisselev si se había hecho una requisición en mi casa. Evidentemente, no se imaginaba otra forma de poder ver esas telas. Kisselev le contestó que no.

—¿Conoce usted a algún pintor que haya sido reconocido en el extranjero y no en su propio país?

—Sí, el pintor norteamericano

Rauschenberg, por ejemplo fue conocido primero en París.

—No le hablo de los norteamericanos, acotó irritado. Entre los pintores rusos, aún entre los modernistas, ¿conoce alguno?

—Ya que así lo desea: Kandinski, Chagall, Soutine, Archipenko, Malevitch. De hecho, casi todos los nombres importantes de la pintura rusa del siglo XX.

—¿Por qué cree usted que pintaban estos pintores? ¿A quién le era útil su pintura?

—Es un problema complejo.

—Los pintores no deben pintar para algunos aficionados extranjeros, o aún nacionales, deben pintar para el pueblo. Sólo entonces llegan a ser realmente pintores.

Le dije a Iakovlev que en Moscú corrían rumores de que pronto sería derogado el decreto sobre los "parásitos", y le pregunté si era cierto. Estos rumores circulaban desde hacía varios meses y ya lo había conversado con Kisselev. "Sería muy bueno, me había respondido entonces Kisselev; este decreto no aporta nada bueno; no deportamos sino borrachos".

—Es falso, me respondió Iakovlev, pero es cierto que un grupo de escritores se han estado moviendo para eso.

—¿Y usted qué piensa del decreto?, le pregunté.

—Es muy bueno. Es la suerte que debieran tener todos los que se le asemejan.

Y se puso a explicarme en un tono ceremonioso:

—Habiendo nacido en un país socialista, usted ha heredado de su nacimiento numerosos derechos, pero también algunos deberes, entre éstos, trabajar. ¿Usted no quiere trabajar en Moscú? Perfecto, entonces parta a Krasnoiarisk a cuidar zottos plateados. Es cierto que son animales malolientes, pero el país necesita su piel.

Siempre acompañado por Kisselev, entré a la sala del tribunal que estaba vacía, y Kisselev me entregó la camisa con todos los documentos. El expediente consistía en un informe del delegado de la policía del barrio —es decir, Kisselev mismo—, resumen de mi tarjeta de trabajo, del informe de dos inspectores que habían ido a mi casa en febrero, el certificado de mi último empleador y las declaraciones de mi padre y de mis vecinos. Además, creo, la orden de arresto firmada por el procurador.

El informe de uno de los inspectores era corto. El del otro, un poco más largo. Parece que ambos eran miembros de un "comité central de inspectores del pueblo", quienes habían estado en mi casa el 26 de febrero junto con el delegado de la policía del barrio ante el 5º distrito.

Ellos habían encontrado en mi casa a "dos ciudadanos extranjeros y a un individuo llamado Plavinski".

Más abajo, hablaban de telas colgadas en los muros, destinadas, como se comprende, a venderse a los extranjeros. En efecto, esas telas habían sido pintadas con colores, sombríos y daban una "imagen deformada de la realidad soviética".

Los inspectores concluían que yo era un traidor a mi patria en potencia y que era necesario deportarme lo más rápido posible, ya que no era sino un "parásito".

Las "pruebas" principales de mis crímenes estaban contenidas en las declaraciones de mis vecinos.

Unos escribieron que yo no trabajaba, ya que pasaba en casa todo el día; los otros, que no cuidaba a mi padre porque yo no pasaba allí en todo el día.

El testimonio más increíble fue el de la abuela de uno de los informantes. Era la inquilina más antigua de nuestro departamento. Todos sabían que, cansada de que su marido la engañara, lo denunció a la policía, acusándolo de "difundir propaganda antisoviética" y el marido había sido fusilado. Pero ahora se le había abierto un nuevo campo de actividades.

Leí sus declaraciones, escrupulosamente anotadas por Vassiliev; una verdadera novela policial. Hablaban de "santo y seña", de pagos, de personajes sospechosos, de extranjeros transportando aparatos de espionaje. También de un misterioso desconocido de melena revuelta y de ruidos sospechosos en la escalera de servicio. Todas las pruebas eran más o menos del mismo estilo. Por ejemplo: mi padre caliente cola en la cocina. Le preguntan para qué y él responde que "eso no le concierne". Entonces es que él tiene intención de encolar papel para ocultar dinero en la pared. O, cuando yo recibo a algunos invitados, les digo: "Mi padre está muy enfermo", lo que, evidentemente, no es sino un "santo y seña"... etc. El hecho que no trabajara o que no me preocupara de mi padre, parecía ante todo esto como algo completamente inocente.

Mis vecinos decían también que a menudo venían extranjeros a mi casa y que ellos traían o llevaban telas abstractas. ¿Cómo podían ver si eran telas abstractas o no, ya que las telas que traíamos o llevábamos telas, estaban siempre muy bien empaquetadas?

* * *

Al sexto día de mi arresto fui despertado por el ruido de mi puerta al abrirse. Yo tenía frío y temblaba de pies a cabeza. Un joven, con aspecto de funcionario, entró en mi celda. Usaba anteojos, una insignia universitaria en la solapa de su uniforme de oficial de la policía, lo acompañaban el jefe de la guardia y un ayudante. Luego de informarme amablemente si yo era Amalrik Andrei Alexievitch, me pidió que lo siguiese donde el jefe de instrucción.

Al ver que yo temblaba, me preguntó amablemente si estaba enfermo y agregó inmediatamente que él, personalmente, se había formalmente opuesto a mi reclusión.

En seguida pasó a lo habitual: mi fecha de nacimiento, dónde había trabajado. Pero vi sobre la mesa la carpeta que contenía mis piezas de teatro, y comprendí que los asuntos tomaban un nuevo cariz.

Sacándolas de la carpeta, me preguntó si en verdad esas eran mis obras; le respondí que efectivamente eran mías.

—Bien, para que en el futuro no haya malentendidos, escriba en la primera página de cada una de ellas:

"Esta obra es mía. Me fue requisada en mi domicilio el 15 de mayo de 1965".

Luego me preguntó ante qué tipo de auditorio las había leído: estudiantes, escritores u otros, y a quien se las había dado a leer.

Entonces el juez pasó al asunto de las ilustraciones y me preguntó a quién se las había mostrado y vendido. Le respondí que no se las había mostrado ni vendido a nadie.

—Sin embargo sabemos que diversas personas en Moscú y en el extranjero poseen dibujos de Zverev.

—Es posible, pero no tengo ninguna relación con ellas. El juez de instrucción no discutió más, y afirmó que, según él, las ilustraciones que Zverev había hecho para mis obras tenían un carácter bastante erótico. Le respondí que se debería al carácter específico de las obras de Zverev y no al contenido de mis obras.

El juez hizo una pausa, luego me anunció con énfasis que se me acusaba bajo los términos del artículo 228 del Código Penal, es decir, por hacer, ocultar, encubrir y difundir obras pornográficas.

Me sorprendió, y declaré que no consideraba que mis obras o los dibujos de Zverev fuesen pornográficos. El juez hizo un gesto como si quisiese hacerme entender que lo que yo consideraba, se no tenía importancia alguna, y me pidió que firmara la declaración de culpabilidad. La firmé sin leerla, reclamando el no tener allí mis anteojos, y pedí que, para el próximo interrogatorio, los guardias me los trajeran.

—Yo debiera hacerle castigar, dijo el juez de instrucción, pero no será necesario, ya que será transferido a la prisión. Personalmente, soy contrario a ese tipo de medida, pero es una decisión del tribunal.

Abajo, antes de llevarme a mi celda, el oficial de servicio responsable del departamento, un capitán de policía, me dio a leer la decisión concerniente a lo criminal, y me tomó las huellas digitales. En la declaración decía que el tribunal popular del distrito de Frunz, de la ciudad de Moscú, compuesto por el juez Iakovlev y dos asesores, luego de examinar diferentes objetos requisados en el domicilio del ciudadano Amalrik, ha juzgado que "las obras de las cuales es autor como asimismo las ilustraciones que para éstas hiciera el pintor Zverev, presentan, además de un antisovietismo evidente, un acusado carácter pornográfico". En consecuencia el tribunal ha decidido procesar a estos dos individuos por el artículo 228 del Código Penal, procediendo a su arresto, a fin de "poner término a sus actividades culpables".

Es así como me transformaba en criminal.

EL CARDENAL SILVA: UN COMPETIDOR PARA TOMIC

por COMENTADOR

Radomiro Tomic es tal vez el emblema más señalado que Chile puede exhibir, en cuanto a desatino, afán de publicidad y confusión intelectual respecto de lo que el marxismo es y significa. Cada una de sus intervenciones públicas, que siempre encuentran un pretexto adecuado para salir a luz, y para hacerlo con frecuencia desusada, es una nueva ocasión para que los sectores democráticos del país —incluidos los de su propio partido— al igual que todas las personas serias, tengan motivo para sentirse contrariadas, y para estimar que se trata de una persona definitivamente poco afortunada.

Pero he aquí que, para no dejarlo solo en su condición de emblema de características tan insatisfactorias, le ha salido al paso un competidor que —forzoso es reconocerlo— ha demostrado en el oficio una eficiencia capaz de relegar a un segundo lugar, al mismísimo Tomic; se trata de don Raúl Silva Henríquez, Cardenal Arzobispo de Santiago.

Es cierto que la misión sobrenatural que implica el ejercicio del ministerio sacerdotal o episcopal, colocada en los marcos que le corresponden, es oscura para el mundo. No da para satisfacer anhelos de publicidad, ni para salir permanentemente en los diarios haciendo noticia, ni para convertirse en actor principal de la vida cívica.

Tal vez eso excuse la humana debilidad de quien, como el Cardenal Silva Henríquez, siente permanentemente la necesidad de hacer noticia, de asumir posiciones en la política contingente y de colocarse en la esfera del poder y de las controversias más candentes. Es, al fin y al cabo, una manera de eludir los rigores de una vocación que demanda —para ser bien llevada— una santidad que no todos tienen y que, acaso, no a todos es dable exigir.

Lo trágico, respecto del Arzobispo de Santiago, es que cada una de sus incursiones por el campo político, es más lamentable que la anterior, porque carece de la dosis más elemental de sutileza y de conocimientos que la política reclama de quienes intervienen en sus múltiples alternativas.

PEC siempre ha aclarado que, no siendo una publicación católica, siente por la Iglesia Católica el más profundo respeto y que si, de cuando en cuando debe referirse al Cardenal Silva en tono de reproche, es porque éste abandona su misión de Pastor —respecto de la cual nuestra publicación nada tiene ni tendría que opinar— para entrar de lleno en la de las apreciaciones políticas, que son justamente el tema que más preocupa a los comentaristas de esta revista. Y ahí, don Raúl Silva tiene que aceptar ser sometido a un análisis en los mismos términos en que lo sería cualquier ciudadano que abordara esas ma-

terias, y lo hiciera con la superficialidad y desatino con que a él lo caracterizan, poniendo en duro riesgo el cetro que ostenta en la materia don Radomiro Tomic.

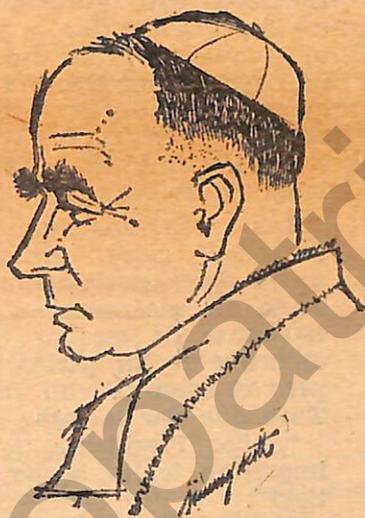
¿Y que no vengan los beatos de siempre a tocar a rebato las campanas de las sacristías, clamando que se le “está faltando el respeto al Cardenal”!, porque es éste el único responsable de que haya que enjuiciarlo al margen de su investidura, porque es él quien abandona lo que es el campo propio de su ministerio, para entrar en uno en el cual sólo se puede recabar el respeto de simple ciudadano. Lo que nadie se extraña de ver dicho sobre Tomic, tampoco debe extrañarse de verlo afirmado, pues, respecto del Cardenal Raúl Silva. Ley pareja no es dura.

¿Cuál es la última andanza política del Arzobispo de Santiago?

Pues simplemente una declaración suya a la prensa cubana, en la que afirma que la Iglesia Chilena “apoya la mayor parte del programa de la Unidad Popular”, que el “socialismo tiene enormes valores cristianos que bajo muchos puntos de vista son superiores al capitalismo”, y que si Allende y su Gobierno cometen errores “tenemos que saber y comprender cuál es la finalidad que se persigue, cuál es la recta y honesta intención que se tiene, y esto debemos apoyarlo”.

No sabemos qué autoridad tenga el Cardenal Arzobispo de Santiago para atribuirse la representación de la Jerarquía Eclesiástica de Chile, en orden a realizar un pronunciamiento de tal gravedad, que no emana en esos términos de ninguna declaración conocida de los Obispos de Chile. Y, hasta donde entendemos de la organización de la Iglesia, el Cardenal no tiene ninguna atribución o representación respecto de la Jerarquía chilena que no sea de la provincia de Santiago. Por otro lado, “la Iglesia chilena” no es su Jerarquía, sino todos los fieles católicos, según le hemos oído innumerables veces al propio Cardenal, refiriéndose al “pueblo de Dios”. ¿Por qué sin

averiguar la opinión de esos católicos y aún sabiendo que hay muchos y acaso la mayoría, que no comparten el Programa de la Unidad Popular, el Arzobispo de Santiago le endosa a ésta el apoyo de “la Iglesia chilena”? ¿Con qué de-



CARDENAL SILVA

recho adopta tan autocrático estilo?

Pero al margen de las atribuciones que se arroga, cabe expresar la disconformidad que produce el tenor de sus puntos de vista, considerados en sí mismos.

No deja de impresionar que alguien que tiene una cultura universitaria, esté todavía al nivel de hablar de “socialismo” y “capitalismo” en términos absolutos, como si se tratara de realidades unívocas. Pareciera que para él ha pasado inadvertida la profunda evolución de los países de economía libre o de mercado que, junto con diferenciarse por entero del capitalismo liberal en su expresión clásica, ha generado una gama variada de caracteres y matices que diferencian grandemente unas versiones concretas de otras.

Y en cuanto al socialismo, don Raúl Silva parece no hacerse cargo que tanto se llama hoy “socialismo” al régimen de los países nórdicos, en los cuales prevalece la libertad y el régimen de empresa privada, como al de los países marxistas donde, a la falta de libertad, se agrega un

retraso y un fracaso económico que coloca su experiencia en claro desmedro frente al cuadro que puede registrarse en las naciones democráticas occidentales.

¿Cuáles son esos “valores tan cristianos” del socialismo marxista? ¿El estatismo? ¿La falta de libertad? ¿Los sistemas policiales? ¿El atraso económico que dan por resultado?

Don Raúl Silva deja todo esto en el misterio. Como siempre. No hay de su parte ni un atisbo de condenación al marxismo, de prevención frente a una posible conculcación de las libertades, o de precisión sobre cuáles son las cosas que

la Iglesia (al menos la que él cree representar), aprueba o condena en el “socialismo” o en el “capitalismo”, para remitirnos a la versión caricaturesca en que él parece entender el problema.

¿Si hasta nos advierte que si la Unidad Popular comete errores, lejos de criticarla, debemos expresarle mansa comprensión, en aras de los nobles intereses o móviles que la guían! ¿Es que el Arzobispo de Santiago prepara así el camino de la “autocrítica” de Salvador Allende, para cuando le ocurra a éste lo que le sucedió a Fidel Castro? ¿Habrá que salir entonces en procesión por las calles, detrás de don Raúl, a elogiar la “sinceridad del compañero Presidente”, execrando de “reaccionario, imperialista y hasta tal vez anticristiano” al que tenga la cerrazón de combatir al Gobierno de Allende... por sus errores?

Una cosa sí hay que reconocerle al Cardenal Silva. Que nada de esto puede sorprender a alguien, porque tanto en cuanto a la orientación de su contenido, como a la categoría de su fundamentación, está en la tónica y en la línea de lo que se le conoce a lo largo de toda su actuación política.

Quedamos a la espera de la próxima. ¿Que Dios le dé salud y vida!

Y a los chilenos... ¡paciencia!

RECADO AL SR. RODRIGUEZ

El Ministro Carlos Rodríguez, enviado especial de Fidel Castro a la Transmisión del Mando, es olvidadizo. De otra manera no se explicaría el hecho de que al regresar a su país no se haya llevado consigo la revista “Punto Final”, que, como propulsora del “guerrillerismo”, ya no tiene nada que hacer aquí.

Ni como “guerrillera” ni como nada. Nunca, de hecho, tuvo nada que hacer... salvo servir de pretexto para que los aguerridos combatientes Olivares, Cabieses y algún otro arrendaran una oficina alfombrada donde, entre vaso y vaso de whiskey, comentar las penurias de sus “camaradas” en las selvas bolivianas y tratar de demostrar la imposibilidad de que la Izquierda llegara a tomarse el Poder por la vía electoral.

Alguien debió habérselo dicho al Ministro Rodríguez: mantener “Punto Final” es un exceso, un gasto inútil. Debería haberlo pensado y obrar en consecuencia, desmantelando la oficina y llevándose a La Habana a sus redactores.

Por lo demás, nadie los echaría de menos, salvo el propietario del restaurante “San Marco”, que los veía llegar todos los días a cumplir, puntualmente, auténticas hazañas gastronómicas, violentos combates en los que los tenedores y las cucharas reemplazaban a las metralletas y los tallarines y lasagnas a los imperialistas...

Porque, eso sí, una cosa es cierta: si los hambreados guerrilleros de Bolivia y Venezuela combatieran contra sus enemigos con el mismo entusiasmo que los “punto-finalistas” despliegan para comer, habrían triunfado hace mucho tiempo.

En serio, señor Rodríguez; llévase a sus “idiólogos”. Aquí no hacen falta. Mejor dicho, están de más.

Pero no nos hacemos ninguna ilusión. Porque suponemos que también allá estarían de sobra y que, por eso, no se los va a llevar. Ud. no quiere, seguramente, provocar el desabastecimiento de productos alimenticios en Cuba. Aunque la presencia de estos guerrilleros de escritorio serviría para refrescar considerablemente el bochorno tropical caribeño.

MURIO EL ULTIMO DE LOS QUE ASEGURARON LA PAZ...

Paris. (Reuter). Eduardo Daladier, tres veces Primer Ministro de Francia y el último gobernante sobreviviente de los que firmaron el Tratado de Munich con Hitler, en 1938 —para asegurar "la paz en nuestra época— murió el sábado en esta ciudad a los 86 años de edad.

La jornada del 29 de Septiembre de 1938 se ha grabado en mi memoria. No he olvidado nada, ni de la prueba que impuso al joven periodista que yo era entonces ni la ansiedad que me agobió en esas horas dramáticas vividas, por mi oficio de reportero.

La conferencia de Munich que concluiría mutilando a Checoslovaquia, sin asegurar con ella en forma duradera la paz de Europa, había comenzado a las 13.30, en el primer piso de la Führerhaus, el palacio del Führer, cuya fachada neoclásica bordea uno de los lados de la Plaza Real, en el centro de la gran ciudad bávara.

Centenares de periodistas estaban presentes y fue una

muy larga velada hasta medianoche.

La conferencia había sido suspendida a las 15 horas y recomenzó sólo a las 16.30. A las 19 horas comenzaron a circular rumores optimistas. La noche caía, y en los grandes hoteles en que nos alojábamos, la espera interminable recomenzó. A las 1.35 se supo que un acuerdo se había firmado. Una hora más tarde, llegó Eduardo Daladier al hotel de las Cuatro Estaciones acompañado

Se habla de las enseñanzas de la historia. Al que no quiere ver, al que le tiene miedo a la verdad, la historia no le enseña absolutamente nada. Repetirá hoy los mismos errores que cometió ayer, por inmenso que haya sido el precio cancelado.

Munich fue una equivocación trágica. ¿No es del caso meditar que guardadas las proporciones y sin el espectro de una guerra mundial como consecuencia, no habremos sin embargo caído en Chile, el 24 de octubre pasado, en una capitulación de resultados semejantes para nuestro país? En ello hemos pensado al publicar este artículo de Roger Massip (Le Figaro Littéraire. Octubre 19-25, 1970).

Traducido especialmente para PEC.

de Alexis Léger, secretario general del Quai d'Orsay. Eramos numerosos los que lo esperábamos y me acuerdo de los menores detalles de la escena. El Presidente del Consejo francés y su acompañante tenían un aspecto sombrío. Alexis Léger sobre todo; su rostro crispado decía mucho de los sentimientos que agitaban a ese diplomático fino y sutil al que se sabía hostil a toda capitulación frente a las amenazas de Hitler, y que seguramente acababa de tragarse la más hermosa culebra de su carrera.

Las preguntas vinieron de todos lados. Daladier apoyó desesperadamente el botón del ascensor con la esperanza de escapar rápidamente de los periodistas, pero el ascensor no venía. Tuvo que dar la cara.

"Señor Presidente, ¿qué impresión le ha hecho Hitler?"

Fue la primera pregunta que Daladier debió responder. Vaciló y después dijo algunas palabras con un fuerte acento meridional:

—"Bien, ese Hitler... Uds. saben... no es un mal hombre..."

Esperamos lo que seguiría muy extrañados; es lo menos que puede decirse del carácter sumario y resueltamente optimista de ese juicio.

—"Evidentemente", continuó, "él sabe lo que quiere... pero yo lo he encontrado leal, y eso me ha sorprendido. Les extraña tal vez y sin embargo debo convenir que me ha parecido honrado..."

Junto al Presidente del Consejo Alexis Léger se convirtió en el caballero de la triste figura. No dijo una palabra. Escuchó a Daladier que explicó a grandes rasgos el contenido del acuerdo. Era una exposición vacilante, cortada por breves silencios, como si el hombre que hablaba sintiera súbitamente ciertas dudas.

Llegó finalmente el ascensor y la puerta se cerró sobre dos sombras.

Un poco más tarde íbamos a saber cuán consciente estaba Daladier de la grave-

dad que tenía lo recientemente ocurrido. Había intentado escabullirse cuando le pidieron que él mismo les anunciara a los representantes checos presentes en Munich lo que acababa de acordarse. Se sentía incapaz —lo dijo expresamente— de afrontar a los dos diplomáticos de Praga. Más tarde le confesó a un íntimo: "Me sentía un Judas..." Alexis Léger debió hacerle beber un vaso de alcohol para que se repusiera...

Neville Chamberlain no sintió esos escrúpulos tardíos. Se quedó prisionero de sus ilusiones. Se ha conta-

do, y es ciertamente exacto, que cuando el Primer Ministro británico le propuso a Daladier que fuera personalmente a Praga para poner al ministro Benes al corriente de lo que había pasado en Munich, el jefe del gobierno francés declinó la oferta en términos casi brutales. Debía confesar más tarde que nunca antes había sentido tantos deseos de matar. Para él Neville Chamberlain era el primer responsable del drama de Munich y la historia ha confirmado este juicio.

Al día siguiente por la mañana, asistí a la partida de Daladier para el aeródromo. Aunque era muy temprano, una densa multitud estaba ya reunida frente al hotel. Le acababan de entregar al presidente del Consejo francés un ramo de claveles y cuando él salió empuñaba entre sus dedos esas flores, mientras paseaba sobre los alemanes y las alemanas que lo aclamaban una mirada vacía de expresión.

Una joven rompió los cordones de la policía y en el momento en que el coche de la delegación francesa iba a ponerse en marcha avanzó y le lanzó a Daladier... una rosa.

LO QUE PEC HA RECIBIDO

En esta sección hacemos referencia solamente a los libros que son recibidos en nuestra Secretaría de Redacción

SADE MI PRÓJIMO, POR PIERRE KLOSSOWSKI, EDITORIAL SUDAMERICANA, COLECCION PERSPECTIVAS. BUENOS AIRES, 145 pp.

La publicación de este libro en 1947 lleva por primera vez la obra y el pensamiento de Sade al centro de la reflexión contemporánea. Hoy ese libro nos propone una doble lectura. Al confrontar "Sade mi prójimo" con la conferencia titulada "Sade o el filósofo malvado", que le precede en esta edición, Klossowski llega a una segunda etapa de su meditación sobre el autor de "Justine". Si primero el ateísmo de Sade debía ser entendido en su relación previa con la teología, ahora lo estudia partiendo del hecho primitivo irreductible de la perversión. ¿Qué es el sadismo de Sade? ¿Qué función cumple en la razón? En el esfuerzo de Sade por comunicar la incommunicable anomalía según las normas razonables del ateísmo, ¿en qué se convierten las normas razonables y en qué se convierte el ateísmo?

OTOÑO IMPERDONABLE, POESIAS DE MARIA ELENA WALSH. EDITORIAL SUDAMERICANA 1970. 69 pp.

Autora de libros para niños, ha editado en esta misma colección de bolsillo de Sudamericana otro conjunto de poesías: "Hecho a mano" (1965).

En la primera página la autora dice: "Escribí *Otoño Imperdonable* entre los 14 y 17 años. Esto no es disculpa ni jactancia: es una dedicatoria. Si veinte años después algunos adolescentes sienten alguna complicidad con este libro, la reedición está justificada".

LOS TIEMPOS MAGICOS, POR ELBIA ROSBACO MARECHAL. EDITORIAL SUDAMERICANA, COLECCION "EL ESPEJO". 1970.

Once cuentos cortos que a veces más asemejan a poemas en prosa.

UNA MUERTE EN LA FAMILIA, POR JAMES AGEE, NOVELA. EDITORIAL SUDAMERICANA, COLECCION HORIZONTE. 1970. 341 pp.

James Agee nació en Knoxville, Tennessee —donde ambienta su relato—. Estudió en Harvard y en los últimos años de su vida trabajó en Hollywood. Falleció en 1955 de un ataque al corazón. Esta obra, obtuvo en 1958 el premio Pulitzer.

RECORDANDO

(De cómo se demuestra que los discípulos sólo retienen en su memoria y aplican a sus actos aquella parte de las lecciones de sus maestros que les resulta más fácil o más agradable de realizar).

Las frases que se reproducen a continuación pertenecen al ahora ciudadano Eduardo Frei, y giran en torno a la figura de Charles de Gaulle. Son reflexiones que, emitidas en esta ocasión, explican, tal vez, mucho de lo sucedido en Chile en el período 1969-70... y las recientes consecuencias de ello.

De esos recuerdos que el ahora ciudadano Frei hace del estadista galo se pueden separar, netamente, dos partes. La primera, lo que aprendió de De Gaulle; y la segunda, lo que no aprendió. Esta última es más nutrida que la primera.

Las frases son las siguientes:

LO QUE FREI APRENDIO DE DE GAULLE

"En seguida podemos recordar el famoso banquete en el Elíseo, donde había más de dos mil invitados a la recepción; la gran función de gala en la Opera..."

(Frei, en relato de su visita a Francia, dictado a "La Tercera de La Hora", publicado el 11 de noviembre).

"Bajábamos juntos después de la gran ceremonia en la Opera, y las trompetas entonaron la Marcha Triunfal de 'Aída', de Verdi. Entonces me dijo, ¿cómo se siente, Presidente? Le dije: Al lado suyo, en esta escala y oyendo estas trompetas, me siento como un Emperador romano..." (idem).

LO QUE FREI NO APRENDIO DE DE GAULLE

"...nunca se dejaba llevar de la improvisación". (idem).

"Consideraba que los gobernantes deben trabajar y no dar audiencia..." (idem).

"Incapaz del juego pequeño y desgastador de los que se precipitan a administrar el triunfo..."

(Frei, en artículo publicado en "La Prensa", 11 de noviembre).

CHARLES DE GAULLE

Toda la prensa ha expresado en diversas formas su pesar por el fallecimiento del General De Gaulle, recordando lo que significara en la historia de Francia y en lo que de una forma u otra ésta gravitara.

Los caricaturistas internacionales fueron siempre las grandes "víctimas" de su carisma, y como ha sucedido con

las figuras históricas, han sido sus mayores biógrafos y críticos. Pero siempre gozó de su respeto, el que suponemos

no alterar al reproducir de nuestros archivos los recuerdos que, ahora, muchos de ellos han de tener.



Marxgaulle, por Tim, en "L'Express".

Leningaulle, por Tim, en "L'Express".

UNA VEZ MAS

EN TORNO A

ERICH ROSENRAUCH

por M. C. G.



El mero lector, buen lector, cuando va a abrir un nuevo libro de un literato admirado, experimenta cierta aprensión de no hallar allí las mismas excelencias, esa aprensión se duplica en el que, además de leer por gusto, ha de hacer su crítica.

Cuando leímos el primer libro de Rosenrauch (1) —primero en nuestro caso, ya que él había publicado una o dos obras de las que, entendemos, gusta poco acordarse—, experimentamos una sorpresa de proporciones: nunca habíamos leído en un chileno literatura semejante, ni en aquellos más cerrados estilistas. Libro densísimo en el que las frases todas surgían con una precisión pasmosa respecto del objeto o sensación descritos; se hubiese dicho que las palabras los agostaban hasta en sus fisuras más laberínticas y los delineaban en sus contornos más cambiantes. Extraña exactitud persiguiendo el ser proteico del hombre. Y más extraño era aún comprobar, en la relectura, que el giro sintáctico de apariencia casi duro, resultaba, en su relación veraz y feraz con las sensaciones o con los objetos respecto de éstas, de una ductilidad ondulante que podía lindar en lo voluptuoso.

Por un inevitable proceso de asociación, la manera de Rosenrauch atrae el recuerdo de Proust, mas no para establecer una similitud de procedimiento o estilo, sino un paralelismo de dos fuerzas expresivas de equivalente riqueza. En aquella oportunidad —hace justamente dos años— dijimos respecto de esta paridad que: "La distinción radica en que Proust hacía desplegarse la inquietud interior a fuerza de estímulos exteriores; Rosenrauch procede a la inversa, diríamos, esto es, la fuerza de los infinitos y fluctuantes procesos interiores determina y modifica la existencia exterior". Podría agregarse que en tanto Proust, al rodear el objeto o situación la sensación de éstos se expande como una vaga marea de anchas o largas percusiones, Rosenrauch los penetra de sensaciones dotándolos de existencia hasta en su origen desvalido. Así, por ejemplo, el joven fraile que pasa a La Casa Contigua en busca de las "decantaciones exquisitas del vicio", al enfrentar a la prostituta que fue imaginada de una manera, le ocurre que "cuando Francisco obsedido por la eventualidad de un matiz sugestivo en aquella paz, lo reclamaba, verbigracia entre la espesura refocada de las pestañas, siempre había de captar aquí nada más que los reflejos mansos de un glóbulo en laxitud".

El poder descriptivo de un solo elemento que posee Rosenrauch, va más allá de todo cuanto habíamos leído nunca —hasta incluido Proust— y así, imposible es olvidar las páginas que, refiriéndose a la sonrisa de un aristócrata hacendado, van sacando de ella, al modo de un prestidigitador, innumerables alcances, matices, intenciones y aún las causas primeras de un pretérito régimen de esclavitud y de látigo con que los antepasados expresaban su despotismo, reducido en su descendiente a una sonrisa. Más de una vez hemos recordado en estos comentarios haber leído toneladas en nuestra vida. Pues, nunca dimos con una descripción del sonreír en un hombre y sus multitudinarias irradiaciones, implicancias, causas y efectos como la de este autor.

Hay momentos en que pensamos que efectivamente existen casos de escritores que al entregarse a su tarea sufren una especie de estado hipnótico provocado por el tema que los obsede, estado dentro del cual la afinación de la inteligencia alcanza acuidades y honduras no dadas en la normalidad de la vigilia. Estamos refiriéndonos al prosista narrador, va que pese a todas las teorías de "desacralización" de la poesía y del número poético, todo gran poeta viene confesando que bien padece este último. Aquí, en la prosa, se trata de un estado límite de sinergia, si se permite decirlo, bajo cuyo peso las facultades intelectivas y espirituales se acopian todas sobre un mismo objeto. No conocemos personalmente a Rosenrauch lo bastante como para establecer el grado a que en él alcanza el fenómeno, pero nos atrevemos a asegurar que de no existir éste, su lenguaje, sus imágenes, las matizaciones y las riquezas extraídas a un solo elemento, no ofrecerían tal multiplicidad radiante, tal poder vivisección. Recordamos de aquel libro

las páginas descriptivas de los intentos y maniobras que el joven novicio efectúa para ver si logra llegar a la presencia del prior del convento. La inalcanzabilidad de éste es tremenda como la de un potentado político. Hubo ocasiones en que cuando ya lo creía a su alcance surgían silenciosos y alados grupos de monjes solícitos y ansiosos que rodeaban al prelado cerrándose en círculo y ocultándolo a las posibilidades de acercamiento del tímido novato. La descripción de estos renovados fracasos está llena de finísimos giros burlescos del mejor trazo literario.

En las características del estilo de este libro, estilo verdaderamente único que no cesa de asombrar, se comprueba otra peculiaridad: cada vez que topamos una frase o descripción que, al pronto, parece incomprendible, al releerla y situarla en su relación con lo que viene exponiéndose resulta de una precisión exacta, de una firme trabazón con el todo y frecuentemente deliciosa. Luego, decíamos al comienzo que cierta apariencia de sequedad en el giro sintáctico de la frase cede del todo al compenetrarse bien de su naturaleza, con lo que tal frase aparece preñada de sentido. Es entonces que percibimos una muy fina substancia poética que recorre las páginas sin desaparecer ya más. Aunque es difícilísimo fragmentar este libro para la cita, dade su estilo de continuidad irrompible, léase por ejemplo esta visión a través de las habitaciones monásticas del convento vecino que la meretriz imagina, reverente:

"En celdas de umbrosa liquidez, análogas a un acuario, aquel hecho no podría sino venir hacia Ana con la gracia desafecta de algún pez prodigioso, reducida toda su magnitud a un mundo de roces fríos y brillantes escamas". O esta otra de los ojos sacerdotales: "Todos esos reconcentrados focos que, llenos de Dios, po-

drían sin embargo vaciarse de él y observarla luego, desnudos como una herida (...) luminosidad contingente que debió extinguirse en esos ojos a la par de su Dios". Poesía extraña, nos ha dicho Alone. Y qué decir de la observación de las manos donde esa poesía hunde a ratos pequeñas saetas, delicadas saetas de ironía, el todo envuelto en ese como clima añoso que gravita sobre los viejos monasterios. Estas observaciones tocan su ápice cuando pasan a los labios, las diversas bocas de ciertos monjes.

Filosóficamente, o sociológicamente, como es más a la moda decir aunque sea a voleo, ¿cómo puede catalogarse la obra de Rosenrauch? Nuestra opinión: se trata de una concepción terrible, casi ferozmente escéptica. La persecución de la dicha, del saber, de las emociones, de la profundidad sexual, de la comunicación fraterna, si bien pueden recorrer a veces promisorios caminos ascendentes, se encontrará siempre el instante de la observación destructora, de la sensación desolada, del precario contacto espiritual de los seres. Es decir, de la mera y eterna realidad.

El negativismo de Rosenrauch parece ser congénito; no obstante el cual puede crear imágenes de un valor estético que hunde sus raíces en la rigurosidad fundamental de los valores morales.

La prueba terrible de todo libro estimado es la de su relectura. Prueba que empieza por el raro "deseo" de volver a leerlo y termina por una también rara afirmación: que resistió tal relectura. Pues, en nuestro caso particular con esta "Casa Contigua" ocurre que cada releída —que ya van varias— tiene el doble poder de sorprendernos y admirarnos por su rarísima factura, y de ofrecernos nuevas vetas de metal puro, ése que tan contados autores nos brindan libres de su ganga.

Ahora, vamos al verdadero libro que motiva este artículo (2).

Empezaremos por preguntar ¿por qué de modo irresistible nos hemos engolfado en una recapitulación del anterior?

Es un hecho, y sin contradicción posible, que hay libros únicos. Alain Fournier, aunque hubiese vivido más, no habría podido escribir un nuevo *Le Grand Meaulnes*, ni Cervantes otro *Don Quijote*, ni menos el Abate Prevost otra *Manon Lescaut*. "La Casa Contigua" es un libro absolutamente singular, por su forma estilística, su tema, su estructura novelística. Rosenrauch al escribir este otro nuevo libro ha sido como rechazado —y el autor no habrá de enojarse, esperemos— por aquella su anterior novela genial. Decimos esto luego de un análisis detenido y aún después de declarar que en "Los Poderosos" hay páginas de categoría nivelada a muchas de las mejores del libro que le precedió. Así por ejemplo las que contienen el retrato del profesor universitario S., retrato de una riqueza difícil de superar (págs. 94-99). Mas...

Luego de leer "Los Poderosos" (la minoración empieza ya en el título) acudimos automáticamente a la relectura de "La Casa Contigua". Pese a las evidentes semejanzas —o quizás a causa de ellas— tales como división del tema en dos grandes partes, indagación minuciosa, al bisturí de las reacciones, en una misma dirección: búsqueda y fracaso de los personajes y en particular del héroe, y pese a la mantención del acento peculiar de este escritor, la inferioridad de esta última novela es, en nuestra opinión, y no olvidar que es sólo una opinión, incuestionable.

Notemos, con todo, que si alguien desea formarse concepto y conocer la singularidad de este escritor, puede hacerlo perfectamente leyendo "Los Poderosos". Más, aquel que desee internarse en un libro de esos que insólitamente se escriben en el mundo y más insólitamente en nuestro país, el hedonista que persigue el arte literario como puro gran arte, debe remitirse sólo a "La Casa Contigua".

Lo creemos así, y, gran riesgo de toda crítica, lo decimos.

(1) "La Casa Contigua", novela por Erich Rosenrauch. Prólogo de Carlos Droguett. Editorial Orbe, Santiago 1968.

(2) "Los Poderosos", novela por Erich Rosenrauch. Prólogo de Alfredo Lefebvre. Editorial Orbe, Santiago 1970.

EXPOSICIONES

por JOSE MARIA PALACIOS

HOMENAJE AL TRIUNFO DEL PUEBLO

Universidad de Chile
Casa de la Cultura

Nada hay más difícil que hacer arte para el pueblo, premeditadamente, con un afán carente de autenticidad. Y esto, porque el pueblo es auténtico, en sí y por sí, esto es, espontáneo, natural, con lo que resulta imposible hacerle tragar tonterías, al menos en plástica, porque, como en el chiste aquél, puede que el pueblo no sepa de pintura, pero sí de...

Sólo que está la Universidad. En ella, se supone, se concientiza en afán de ciencia, arte y humanidad. Como resultado, es de suponer también, el universitario —y con mayor razón el directivo universitario— tiene un sentido claro del campo que trata, en el que debe actuar socialmente. Porque la autoridad universitaria, y con mayor razón ahora, debe tener sentido y carácter social, debe encarnar la realidad con afán de mejorarla y mejorar a la gente que la vive.

En la historia se ha dado mucho el caso. No hay artista verdadero, cabal, que no haya logrado dignificar en torno su ambiente, su gente, e incluso en la distancia, otros ambientes y otras gentes. Y es que el artista auténtico, legítimo, proyecta radiaciones de su talento y ennoblece como consecuencia.

Esto, aún expresado así ligeramente, hace imperdonable que cuando se trate de orientar al público en cuanto a arte, no se emplee rigor de calidades, se descuide el hacer las cosas razonablemente, de modo que los esfuer-

zos grandes carezcan de solvencia, induzcan a juicios encontrados y equívocos, y todo se plantee como una gran estampida de color y formas, arrolladora, pero, por lo mismo, en exceso turbulenta, sin dejar admirar su esencia.

Sucede —y soy uno de los que lamentan tal resultado— con la muestra "Homenaje al Triunfo del Pueblo" (¿?), organizada por la cada vez menos benemérita Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, cada vez más empeñada en hacerle zancadillas al arte nacional y, en este caso, "al compañero Presidente", que, me consta, gusta del Arte.

Porque, ¿qué homenaje puede darse a un tutti de 202 "artistas", donde la mezcla de valores —unos altos, otros regulares y muchos malos— sólo proyecta la más confusa panorámica jamás vista en Chile de pinturas, grabados y esculturas...?

Uno piensa: ¿Y esta es la organización racional, sensible socialmente, que tiene ahora la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile...?

Por solidaridad mínima con el pueblo, uno siente que debe protestar. Y en eso estamos aquí: protestando. En uso del derecho ciudadano de exigir respeto por los poco cultos, por los poco alfabetos, por los poco satisfechos, y con razón, que nunca han podido tener un cuadro o una escultura en su hogar, que creen, y también con razón, que el arte no puede ser privilegio sino función social, dignificación de espíritu común.

Claro, algunos dirán de contrapartida: "Ud. protesta porque no es de la Unidad Popular, porque es "momio" recalcitrante, porque ahora dice

que el pueblo vale y nunca lo pensó antes".

Debo resistir la andanada.

Y pienso que debo parafrasear un pensamiento famoso: "Pueblo: cuántos crímenes se cometen en tu nombre". Porque en esta muestra cuadrupartita, de la que sólo hemos podido apreciar dos —una en la Universidad de Chile, la otra en la Casa de la Cultura—, se ha caído en el lesopado de creer que el pueblo es sólo una parte socio-económicamente baja de una nacionalidad y que, por lo mismo, basta darle pan y circo para que ruja de contento.

De este modo, tal como ya le dijimos, entre 202 exponentes se mezcla el aceite con el vinagre, el artista con el aficionado, creando en el espectador una confusión deleznable para quien entienda algo de arte, y confusión simple, pero confusión de todos modos, en quien sabe poco o nada de arte. Y esto, provocar este efecto, no creemos sea papel responsable de una Facultad de Bellas Artes, y menos si ésta pertenece a la Universidad del Estado.

¿Y qué vemos...?

Los ejemplos pueden sobrar, pero vamos a uno de inmediato. En la Casa de la Cultura, ya a la entrada, damos con un adesio. Es una pintura, diríase tratada con brocha gorda, en que dos tercios son brochazos en blanco sobre un fondo que deja traslucir un tercio de azul y algún atisbo de bermellón. ¡Es todo! (No damos nombre de autor por tratarse de una dama y respetamos a la mujer). Pero, ¿cabe colgar este "cuadro" en un homenaje al pueblo, cuando en la misma sala hay pinturas de Gracia Barrios, Enrique Zañartu y Ximena Cristi, por nombrar sólo a unos pocos valores auténticos que allí también están presentes...?

No nos parece. Nos parece, eso sí, una aberración.

Así como, en lo contrario, parece interesante observar pinturas de Gabriela Chellev u Odette Sansot, que desconocíamos, y que revelan calidad plástica indiscutible.

¿Entonces...? En realidad, como lo

dijimos ya, la idea era excelente y no creemos que nadie puede haberse negado a colaborar en esta muestra, que, al margen de situaciones políticas, encerraba el valor de mostrar al público qué es arte en el Chile de hoy, o cuál es el arte que podemos tener mañana. Pero ARTE, no artífugos de aficionados, y peor aún, de negadas condiciones.

Es posible que hayamos dado con un contraste extremo, pero es que nos subleva advertir que tan gran esfuerzo como debe haberse realizado para concretar esta exposición gigante, no haya recabado la colaboración de muchos valores reales, ajenos a esta muestra, no creemos que sólo por cuestión política. No nos parece que aquí haya primado lo político en cuanto al interés por colaborar. La idea pudo concretarse —así debió ser al menos—, como una efectiva y rotunda demostración de que verdaderamente hemos alcanzado una muy buena posición en la plástica, y que, justamente de esto, debe enorgullecerse el pueblo todo. ¿Y qué se ha hecho...? Cada una de las dos muestras que pudimos alcanzar a ver carecen de un mínimo de sentido didáctico, como lo comprueba fehacientemente el ejemplo ya dado en que, junto a Zañartu hay una aberración pictórica. ¿Y alguien va a decirme que esta es una buena manera de educar a ese pueblo que se dice homenajear...?

Si uno repasa la lista de los exponentes, se sorprende al encontrar multitud de desconocidos. Y más aún, de no dar con nombres que, aparte de su calidad, estuvieron al lado y dentro del triunfo popular, como se ha dado mañosamente en llamarlo, en tanto que también están allí gente que tenía y tiene posiciones distintas en lo político, porque hay un entendido tácito de que esto tenía sentido social antes que demagógico.

No se trata, entonces, de que al manifestar nuestro desacuerdo con esta muestra nos situemos en posición equívoca. Nada de esto. Hablamos en razón de plástica y nada más, que es lo que nos corresponde. Pero no podemos, tampoco, aún pescar a lo dicho,

o justamente por lo dicho, dejar del lado un alcance a cierta proposición política que esconde la presentación del catálogo, y en la cual se expresara: "El triunfo del pueblo plantea una serie de compromisos a los artistas, obliga a una decidida toma de conciencia respecto de su papel dentro de la sociedad y de la forma en que deben contribuir a su reestructuración. No pensamos con esto que se trate de adoptar un modelo rígido al que deba subordinarse toda forma de hacer; pero sí, de iniciar una búsqueda que contribuya a liberarnos de nuestra dependencia y a integrar la labor artística en la lucha por nuestra autodefinición".

¡Vaya panfleto!...

De golpe y porrazo, he aquí que resulta no hemos tenido nunca antes artistas concientizados en la función social. Que crear o recrear belleza no es cumplir un papel dentro de la sociedad; que haber, incluso, mostrado asomos de originalidad franca, tampoco es contribución porque ocurrió antes y no ahora. ¿Y para qué seguir...? Se habla de no adoptar un molde rígido, pero se dice claramente que se trata, ahora, "de iniciar una búsqueda que contribuya a liberarnos de nuestra dependencia (¿respecto a qué o quién?) y a integrar la labor artística en la lucha por nuestra definición".

Y esto, dicho con el respaldo de la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, que en su haber consulta la mayoría de los Premios Nacionales de Arte y haber sido el almacigo sin el cual nada de lo actual podría ser realidad.

Esta es la explicación de por qué esta muestra no ha sido lo que debía ser. Porque querer borrar de una sola plumada todo un proceso histórico es pecar de soberbia, que es justamente el pecado mayor, y porque la soberbia no ha sido ni puede ser férrea para hacer un homenaje a esa maravillosa y siempre explotada concepción que se nomina pueblo.

DE LUNES A LUNES por ZOOM-BOOM



■ Gloria Simonetti cantó y bailó en uno de los escenarios gigantes que se levantó en la Alameda para celebrar la llegada de la Unidad Popular al Poder. La elegante y sofisticada cantante se presentó esa noche totalmente cambiada. Su vestuario era simple y juvenil, y su actuación, casi sexi, entusiasmó al público. Para que no hubiera dudas de que trataba de interpretar el momento político, expresó su alegría por el triunfo de Allende. Cerca de ella, al borde del escenario, masticaban su asombro y enojo artistas auténticamente allendistas, Angel Jara, Rolando Alarcón y Víctor Jara, quienes aguardaron inútilmente que les llegara el turno para actuar. Tuvieron que marcharse sin poder cantar, ya que la nueva ola allendista pareció copar el programa.

■ La audiencia del programa "A tres bandas", que se transmite los domingos por Televisión Nacional, tuvo ocasión de conocer al Ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, quien recibió en su casa a los animadores habituales Fernando Rivas Sánchez, Rafael Moreno y Fernando Maturana. Fernando Rivas tuvo bastante trabajo tratando de "enderizar la montura" al flamante Canciller, quien se veía en amarillos aprietos para contestar las preguntas de Moreno, especialmen-

te. Almeyda optó muchas veces por refugiarse en el amplio léxico cantinflesco, pero, a pesar de todo, fue dejando prenda. Dijo, por ejemplo, que desautorizaba un editorial de "EL SIGLO" en contra del general Lanusse, Comandante en Jefe del Ejército Argentino. Dijo también que en el Comité Central de su partido se había opuesto a la nominación de Salvador Allende como candidato presidencial. Se mostró tan mesurado, cauteloso y diplomático, que hasta tuvo frases de elogio y comprensión para la nueva línea "colaboracionista" de "El Mercurio".

■ Lenta agonía la de "A esta hora se Improvisa". Fue el programa más escuchado y de mayor prestigio. Es una lástima, porque nuestra televisión tiene una calidad de bajo vuelo y es bien poco lo que puede ofrecer como aporte a la cultura. El último domingo Jaime Celledón reapareció como moderador, pero nada pudo hacer para levantar el interés del programa. No pudo contar con la presencia de José Tohá, ahora Ministro del Interior y hasta hace poco integrante del equipo de la audición. Debió conformarse con entrevistar al nuevo presidente de la FEUC Manuel Irrazaval, quien fue asediado en tal forma por Manuel Antonio Garretón, un mapucista del programa,

que se vió obligado a enredarse en largas discusiones técnicas sobre la vida universitaria, un tema que si bien es importante, en realidad no trasciende ni interesa al grueso público.

■ Canal 9 ha exprimido a su gusto la presencia en Chile del dirigente comunista cubano Carlos Rafael Rodríguez, miembro del Comité Central y que posee el rango de Ministro de Industria y Comercio. Fue entrevistado en "Reunión de Prensa", programa que fue presentado especialmente el domingo y repetido más adelante para que el mayor número de personas pudiera admirar las condiciones del líder castrista. Este personaje fue también Ministro de Batista, pero ese detalle fue pasado un poco por alto. Se justificó diciendo que en aquella época Batista no era todavía dictador (1944).

Rodríguez reconoció que los cubanos están sometidos a racionamientos, pero dijo que "estamos a sólo dos años de la abundancia". Hay, pues, que seguir esperando. Reconoció, también, que en Cuba no hay libertades ni elecciones, pero eso le pareció un detalle sin importancia. Como contrapartida, dijo que en Chile se ha asesinado a obreros en huelga (caso de El Salvador), mención que no debe haber entusiasmado a los democratacristianos.



P.E.C.
Política Economía Cultura

